



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA
DE MÉXICO



FACULTAD DE ESTUDIOS SUPERIORES
ACATLÁN



PSICOANÁLISIS Y FILOSOFÍA:
INCONSCIENTE, SUBJETIVIDAD Y HISTORIA

T E S I S
QUE PARA OBTENER EL TÍTULO DE:
LICENCIADA EN FILOSOFÍA
P R E S E N T A :
ALEJANDRA MACIEL GARDUÑO

ASESORA:
DRA. ANA MARÍA RIVADEO FERNÁNDEZ

EDO. DE MÉXICO.

MARZO 2005

m. 341899



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

A mi familia, que siempre ha respetado, impulsado y apoyado mis anhelos. Especialmente a mi padre, todo mi amor y reconocimiento. A mi madre, por su constante solidaridad y comprensión. A mi hermana, por su cariño y sus cuidados. Y a mi pequeño sobrino, por ser renuevo de confianza.

A mis maestros y amigos: Raúl Cruz, Claudia Madrid, Carlos Pérez y Ana María Rivadeo, a quienes tanto debo.

Les he dicho que el psicoanálisis comenzó como una terapia, pero no es en calidad de terapia que yo querría recomendarlo al interés de ustedes, sino por su contenido de verdad, por los descubrimientos que nos procura sobre aquello que más interesa al hombre, su propio ser, y por las relaciones que señala entre sus más diversas actividades.

S. Freud

ÍNDICE

	<i>Pág.</i>
Introducción	1
I.El nacimiento del psicoanálisis	6
1. La problemática epistemológica	6
2. El marco epistémico y la constitución del psicoanálisis	12
3. Las lecturas practicistas y las lecturas teoricistas	25
4. El discurso psicoanalítico freudiano: un discurso sobre el sujeto ..	34
II. La propuesta freudiana del aparato psíquico	40
1. La metapsicología	40
2. Los dos modelos del aparato psíquico	51
III. Implicaciones filosóficas del descubrimiento freudiano del inconsciente	67
1. La historicidad en el núcleo de la constitución subjetiva	67
2. La revolución freudiana	90
Conclusiones	99
Bibliografía	113

INTRODUCCIÓN

La tesis que estamos presentando apuesta a explicitar nexos teóricos entre psicoanálisis y filosofía. Es sobre esa base que resulta posible realizar un abordaje filosófico del psiquismo, que al plantear una vinculación entre ambos quehaceres teóricos abre un campo de problemáticas del que se ha ocupado la reflexión contemporánea. Desde luego, no pretendemos hacer un inventario que agote todas esas relaciones y problemáticas. Mucho menos uno que comprenda todas las perspectivas desde las que se les podría ofrecer respuesta. Antes bien, se trata de construir un eje de relectura de los puentes entre aquellos saberes, capaz de permitir una teorización acerca del aparato psíquico como estructura general de la subjetividad. Así, la subjetividad puede ser comprendida como vertebrada por el descubrimiento del inconsciente y su lógica interna. Y en esta línea, la conceptualización de ambos acaba por presentársenos como un núcleo central de la historicidad de lo humano en el ámbito individual-colectivo.

Según el hilo conductor de este trabajo, el descubrimiento freudiano del inconsciente tanto como la constitución de éste en el fundamento de la comprensión del aparato psíquico –y por ende de la estructura general de la subjetividad–, constituyen un punto de no retorno en la teorización filosófica de lo humano, su historicidad específica, sus formas de construcción y, entonces, de las posibilidades de su comprensión y transformación.

El conjunto de elaboraciones teóricas a través de las cuales sustentamos estos planteamientos ha sido dividido en 3 grandes capítulos:

En el primer capítulo nos proponemos situar teóricamente el surgimiento del psicoanálisis en su contexto epistemológico y la problemática de la especificación de su estatuto teórico. Ello nos obliga a una exposición sobre nuestra propia postura epistemológica general, a través de la cual sea posible desprender la analítica particular de la epistemología freudiana. Esto, no sin recurrir a los autores que nos ofrecen un marco teórico de referencia. Principalmente, retomamos los avances de Ana María Rivadeo, José Perrés y Paul Laurent Assoun. Nuestra postura parte de concebir el trabajo teórico como quehacer histórico. Es decir, insiste en la necesidad de pensar cualquier elaboración discursiva dentro de sus condiciones de producción, como única vía para comprender su especificidad. Así, llamamos *metaepistemología* a la epistemología histórica que en tanto epistemología general puede ayudar metodológicamente a la elucidación de las racionalidades de nuevos saberes y discursos. Sumamos las distinciones estratégicas entre epistemología(s) de Freud, epistemología(s) freudiana(s) y epistemología(s) del psicoanálisis, con el fin de facilitar el esclarecimiento de la identidad teórica del psicoanálisis freudiano. Finalmente encontramos que dicha identidad, y los aportes que desde ella representa para el quehacer teórico que la excede, se perfila dentro de la problemática general de la subjetividad.

En el segundo capítulo nos ocupamos de exponer el marco categorial freudiano básico, principalmente a través de las elucidaciones de Paul Laurent Assoun y de los textos del propio Freud. Su propósito es posibilitar la comprensión de la propuesta freudiana general del aparato psíquico. Partimos de una explicitación de sus procesos de génesis y sus diferenciaciones esenciales con respecto de las comprensiones médicas y psicológicas. Destacamos la importancia de la metapsicología como la

condensación teórica de la identidad epistémica freudiana, por la que se construye al psiquismo como objeto de conocimiento. Abundamos en el modo en que los modelos del aparato psíquico constituyen una concepción inédita de la subjetividad.

En el tercer y último capítulo analizamos la especificidad y fecundidad teórica de la propuesta freudiana general del aparato psíquico, de cara a la tradición filosófica de la modernidad, y en relación a nuestra hipótesis, según la cual la historicidad del hombre queda ratificada en el núcleo de la constitución del sujeto individual.

El desarrollo de estas ideas nos conduce a un conjunto de hallazgos que permiten una reconsideración de la revolución freudiana en la triple perspectiva que define al psicoanálisis, según el propio Freud:

1. El psicoanálisis como método de investigación. En esta línea, Freud realiza una profundización epistemológica capaz de perfilar un nuevo tipo de cientificidad. La dialéctica sujeto-objeto, por un lado, y la dialéctica idealidad-materialidad, por otra parte. La reivindicación del abordaje de lo particular-singular desde el seno de su universalidad, y el reconocimiento de lo universal como necesariamente atravesado por determinaciones de la particularidad-singularidad.
2. El psicoanálisis como método terapéutico. Freud *contribuye* a una teoría de la praxis a través de su teoría de la cura. Según ésta, la mejor realización del deseo se topa con la necesaria transformación de la realidad interna y externa, mediante la acción ideal y material.

3. El psicoanálisis como teoría psicológica, es decir, como *metapsicología*. Las teorizaciones freudianas no sólo recusan el fundamento psicológico de la filosofía al refutar el consciencialismo, además superan los límites de la consideración médica del cuerpo como objeto mecánico. Para Freud, quien ha visto en el cuerpo el lugar del psiquismo (en una suerte de psicologización de lo somático), no hay cabida para dualismos, ni psicologicismos, ni biologicismos. El anudamiento de los niveles dinámico, tópico y económico enriquece la *posibilidad* de construcción de una teoría antropológica y de una teoría de la historia, en sus aspectos individuales y colectivos.

Finalmente, en las conclusiones ampliamos nuestra hipótesis en una dirección precisa, aunque en verdad este planteamiento haya sido subyacente a la delimitación del trabajo realizado. *A posteriori*, él deja señalados los horizontes abiertos por nuestra investigación: los puntos de encuentro entre el materialismo histórico de Marx y el psicoanálisis de Freud. La originalidad de nuestras teorizaciones no está por cierto en inaugurar vínculos entre marxismo y psicoanálisis. Innumerables obras han sugerido los puentes por los que resulta fecundo caminar de una a otra elaboración teórica. Empero, sistematicidad y organicidad pueden ser los elementos más valiosos de la tesis aquí presentada. Destacamos la convergencia de los proyectos marxiano y freudiano en el esfuerzo por construir un saber científico de lo humano centrado en la historia. O sea, en la estructura y la trama de la acción humana como autoproducción de la objetividad y la subjetividad en sus diversas formas: las sociedades, los estados, los poderes, los saberes, los espacios y los tiempos, lo universal y lo particular, los campos, las posibilidades y los límites de la praxis.

Marxismo, psicoanálisis y filosofía conectan en ese lugar donde el saber general no avanza sin una analítica histórica particular, al tiempo que ésta es siempre un punto de partida para teorizaciones generales. En suma, configuran una forma del delicado cruce entre la filosofía y la historia y, también, entre la ciencia y la filosofía.

Nuestra propuesta es trabajar multidisciplinariamente por una reivindicación de las dimensiones revolucionarias del proyecto crítico freudiano, acoger su significación general para la filosofía y, en particular, para una concepción de lo humano y su historicidad, de cara al compromiso de transformación inherente a la labor filosófica.

I. EL NACIMIENTO DEL PSICOANÁLISIS

1. La problemática epistemológica

Para designar la generalidad de sus trabajos, Freud inicialmente utiliza los términos “análisis psíquico”, “análisis clínico-psicológico”, “análisis hipnótico” y “análisis psicológico”. Todos ellos aparecen registrados en su artículo «Las neuropsicosis de defensa», con fecha de 1894¹. Estos términos, sin caer en desuso, pronto son sustituidos por el de *psicoanálisis*, empleado por primera vez en un texto publicado el 30 de marzo de 1896. Se trata de un artículo escrito en francés intitulado «La herencia y la etiología de la neurosis». Entonces el psicoanálisis es referido vagamente a un procedimiento explorador, de particular eficacia, para clarificar la ideación inconsciente².

Posteriormente, Freud dio varias definiciones del psicoanálisis. Una de las descripciones más puntuales y sistematizadas de este concepto se encuentra al comienzo del artículo para la Enciclopedia Francesa (1922). Allí, en primera instancia, el psicoanálisis es explicitado como un método para la investigación de procesos anímicos, cuya preocupación central inicia siendo médica: la búsqueda de una terapéutica para las perturbaciones neuróticas (consideradas entonces como trastornos nerviosos funcionales), especialmente la histeria; de todo lo cual se originan una serie de conocimientos psicológicos

¹ Cfr. Freud, Sigmund: *Obras completas*, Amorrortu, Buenos Aires, 1976-1985, t. III, págs. 48, 54, 60 y 76, respectivamente. El único precedente de estos términos se encuentra en su trabajo «Comunicación preliminar», escrito en colaboración con Breuer en 1893, en donde propiamente habla de la labor de “analizar” (t. II, p. 33)

² Cfr. *Ibidem*, t. III, p. 151

innovadores que van constituyéndose progresivamente en una disciplina científica.

Psicoanálisis es el nombre: 1) de un procedimiento que sirve para indagar procesos anímicos difícilmente accesibles por otras vías; 2) de un método de tratamiento de perturbaciones neuróticas, fundado en esa indagación, y 3) de una serie de intelecciones psicológicas, ganadas por este camino, que poco a poco se han ido coligando en una nueva disciplina científica.³

Así, la concepción del psicoanálisis y su desarrollo alcanzan una triple perspectiva como método de investigación, metodología-técnica o procedimiento terapéutico y corpus de saber psicológico tendiente a la condición de cientificidad. Ello exige suponer en Freud una noción implícita o explícita sobre lo que es hacer ciencia y producir conocimientos válidos; es decir, una postura epistemológica, por la que se explique la actitud de Freud ante la ciencia y su ubicación como teórico.

Justamente, el primer acercamiento legítimo de la filosofía al psicoanálisis está centrado en la discusión sobre el estatuto teórico de este saber inédito, a través de la epistemología. *Sens strictus*, entendemos por epistemología la disciplina filosófica encargada inmanentemente de la reflexión sobre el conocimiento científico, orientada a la analítica específica de las ciencias que se circunscriben dentro del marco de producción teórica de la modernidad. Correspondientemente, son de competencia epistemológica las problemáticas en torno a los objetos, el origen, la estructura, los métodos y la validez del

³ Cfr. «Dos artículos de enciclopedia: “Psicoanálisis” y “Teoría de la libido”», *Obras Completas*, op. cit., t. XVIII, p. 231

conocimiento, e incluso la posibilidad o los límites propios del conocer científico, posteriores a los planteamientos renacentistas. *In extenso*, epistemología es también la elaboración, desprovista de un estricto carácter filosófico pero explicitable por esa vía, que cada ciencia hace o puede hacer de sí misma en torno a su propia práctica.

La forma en que sean reconocidas y jerarquizadas las cuestiones epistemológicas, el tipo de abordaje por el que se pretenda esclarecerlas y, finalmente, la cualidad de respuestas que se obtengan desde ahí, determina la especificidad de cada postura epistemológica. Desde el seno de la filosofía, cada postura supone a su vez una concepción general de lo real, concreta, tematizada o no, que la atraviesa y la prefigura. En otros términos, cada postura epistemológica se erige desde una comprensión teórico-práctica de la totalidad, o una forma particular de encararla como proyecto, por la que son posibles la construcción diferenciada de objetos de conocimiento y la búsqueda de saberes específicos, con miras a la resolución de desafíos y tareas esenciales, si bien no ineludibles, propios de una época. Nos referimos entonces a la relación entre una epistemología con su marco teórico general –y diríamos que a las vinculaciones de cualquier proceso teórico particular con aquellos otros de mayor alcance que lo engloben.

Asimismo, consideramos labor fundamental para la comprensión epistemológica el acercamiento a la dimensión histórica, que incluye los factores económico-sociales y políticos, además de los culturales e ideológicos, dentro de los que se encuentra el nivel teórico general arriba expuesto.

Partiendo de la tesis sobre la organicidad histórica de las filosofías⁴, implicamos, por un lado, la factual constitución de los modelos epistemológicos a partir de sus múltiples determinaciones contextuales, complejamente articuladas; y por otro, la necesidad de su elucidación, entonces, desde el análisis y la articulación integral de todas sus dimensiones. Nos adherimos pues, dentro de la epistemología general o teoría del conocimiento –salvando el anacronismo de la denominación–, a la concepción marcadamente más abarcativa, por un lado, y bastante más específica, por otro, de una epistemología histórica. Tal epistemología histórica permitiría dilucidar las epistemologías particulares de los diferentes discursos científicos o de los distintos saberes regionales, y así sus potenciales contribuciones o subversiones radicales a la epistemología general.

En vistas de la inclusión de la perspectiva histórica en el análisis epistemológico, resulta imprescindible el estudio de las condiciones de posibilidad externas e internas en unidad profunda, más allá de su mera complementariedad, para la producción del método, la técnica y la teoría psicoanalíticas, tal cual fueron elaborados por Freud.⁵ Dichas condiciones son: 1) el nivel teórico-metodológico-técnico-clínico-organizacional que rodea su práctica investigativa (dentro de este rubro se incluyen la filosofía epocal y

⁴ Esta línea de trabajo es la desarrollada por la Dra. Ana María Rivadeo, desde el marxismo y particularmente desde los aportes gramscianos, en especial en su libro *Epistemología y política en Kant*, UNAM–Acatlán, México, 1987.

⁵ Para el análisis y la exposición de la problemática epistemológica en torno al psicoanálisis freudiano, y más específicamente en torno a la reflexión sobre su nacimiento, partimos de los importantísimos trabajos realizados el Dr. José Perrés, quien sigue una línea equivalente a la rivadeana, esta vez referida a la producción teórica de Freud. Véase en especial *El nacimiento del psicoanálisis-Apuntes críticos para una delimitación epistemológica*, Plaza y Valdés/UAM-Xochimilco, México, 1988 y el resto de su bibliografía presentada al final de este escrito. La exposición siguiente constituye una síntesis de sus teorizaciones más pertinentes a nuestro trabajo, contenidas en la citada obra.

los paradigmas dominantes de su comunidad científica). 2) El nivel socio-económico-político-cultural-institucional de la coyuntura, su contexto histórico. 3) El nivel de implicación personal: la propia formación académica de Freud y su ejercicio profesional, sus preocupaciones e intereses antropológicos, biológicos, psicológicos, sociales y culturales, así como sus avatares internos ante el encuentro con su propio inconsciente; Freud sujeto analista/objeto analizando, es decir, investigador-*sobre*/descubridor-*del*(su) inconsciente; nivel esencial en donde despunta y se consolida la construcción de su particular objeto de estudio, por el que simultáneamente se traza un camino epistemológico hasta entonces inexplorado.

A la precisión de nuestro empleo de una epistemología histórica como epistemología general, o *metaepistemología*, para el análisis de la problemática epistemológica presente en la obra de Freud, sumamos la distinción estratégica establecida por José Perrés entre *epistemología(s) de Freud*, *epistemología(s) freudiana(s)*, y *epistemología(s) del (de los) psicoanálisis*⁶.

Nombramos epistemología(s) de Freud al conjunto de su plataforma teórica, sus fuentes, sus maestros, sus influencias, los modelos de científicidad, procedimientos de investigación y principios metodológicos a los que se adhirió y que le sirvieron de punto de partida para sus trabajos y para la fundación del psicoanálisis. Esta categoría comprende también sus expresas afirmaciones sobre la teoría de la ciencia y de la investigación científica,

⁶ Siguiendo, matizando y ampliando la línea de Paul-Laurent Assoun, en *Introducción a la epistemología freudiana*(1981), México, S. XXI, 1982. Cfr. Perrés, José: "Freud y sus epistemologías. Aportes para una epistemología freudiana", publicado como "Apéndice" en *El nacimiento del psicoanálisis...*, *op. cit.*, pp. 463-503

ampliamente vinculadas al universo epistémico de su tiempo; todo lo cual constituye su “consciencia epistemológica”⁷.

De otro lado, con la delimitación de epistemología(s) freudiana(s) referimos a la epistemología inédita fundada por Freud, como correlato claro de la originalidad de sus producciones teóricas. Implica, entonces, la trascendencia y superación de su mencionada postura epistémica consciente, provocando no obstante defases y verdaderas contradicciones. De haberse limitado a la aplicación de las categorías y los métodos de investigación avalados por su comunidad científica hubiese sido imposible la conformación y el devenir de esto que llamamos su “identidad epistémica”⁷.

Por último, la discriminación epistemología(s) del (de los) psicoanálisis nos permite designar la producción de conocimientos de Freud y el efecto de esa producción en el movimiento por él fundado. Dicho de otro modo, nos enmarcamos en el dominio de las corrientes posfreudianas, en su relación con Freud y su obra, estudiados epistemológicamente⁸. La teorización de esa(s)

⁷ “Identidad epistémica” y “consciencia epistemológica” son dos conceptos establecidos por Perrés. Según sus distinciones, en un sentido amplio sería correcto reconocer que la “identidad epistémica” de Freud incluye tanto su “consciencia epistémica”, un nivel identitario primario manifiesto, como el perfil correspondiente a su etapa de autoconstitución epistémica. Por eso Perrés nos dice que la(s) epistemología(s) freudiana(s) engloba(n) a la(s) epistemología(s) de Freud, recordándonos no obstante la utilidad de la distinción. *Cfr. Ibidem*, págs. 481 y 497

⁸ En Roudinesco, Élisabeth – M. Plon: *Diccionario de Psicoanálisis*, Paidós, 1990, se destacan seis grandes escuelas dentro del heterogéneo mapa del psicoanálisis contemporáneo: Anafreudismo, Kleinismo, Psicología del yo, Independientes, Psicología de sí mismo y Lacanismo. Véase también de aquella autora *¿Por qué el psicoanálisis?* (1999), Paidós, Argentina, 2002, en especial el capítulo X, “El hombre trágico”, en donde se expone la forma en que los sesgos que especifican las tendencias se corresponden con sus determinaciones contextuales particulares y las transformaciones generales de la sociedad occidental. La diversidad de corrientes, sus múltiples refutaciones correlativas, refleja al mismo tiempo la actualidad del psicoanálisis y así, en palabras de Perrés, la importancia de plantear la posibilidad de construir la epistemología del psicoanálisis, misma que sólo sería posible una vez que “se haya alcanzado la condición de disciplina unívoca, y no multívoca como en el presente”. (“Freud y sus epistemologías. Aportes para una epistemología freudiana”, *op. cit.*, p. 499)

epistemología(s) del(de los) psicoanálisis parte, o tendría que partir, de la doble cuesta “epistemología de Freud”/“epistemología freudiana”, en reconocimiento de que es Freud mismo quien descubre los elementos fundamentales para fundar y conceptualizar el psicoanálisis. La tarea –como labor colectiva– es hacer posible, mediante el análisis de las divergencias y la búsqueda de los puntos de convergencia entre las distintas escuelas psicoanalíticas, una aproximación y construcción paulatinas de *la epistemología del psicoanálisis*⁹.

Junto con Perrés, nuestra postura conduce a subrayar que los problemas frecuentes de las distintas lecturas o abordajes epistemológicos que se realizan sobre el estatuto epistémico del psicoanálisis consisten, primero, en omitir o confundir tales distingos. El segundo problema radica en aplicar al análisis modelos epistemológicos particulares, valederos para ciertas ciencias pero inadecuados para comprender la propia especificación del discurso freudiano, con la pretensión de imponer sus criterios exógenos como generalizables y exclusivamente legítimos.

2. El marco epistémico y la constitución del psicoanálisis

Puesto que el quehacer y el repensar filosófico exigen una teorización sobre la historia de la humanidad, la labor epistemológica requiere historizar en torno

⁹ Perrés descarta la denominación “epistemología del freudismo”, utilizada por Ricoeur, al encontrarla ambigua e imprecisa. Ricoeur parece referirla al producto de los trabajos de Freud, es decir, a lo aquí mencionado como epistemología(s) de Freud, recortando lo que, de hecho, el término *freudismo* connota. Cfr. “Freud y sus epistemologías. Aportes para una epistemología freudiana”, *op. cit.*, p. 492

a los procesos de gestación, nacimiento y desarrollo de las disciplinas científicas.

Concebimos la historia como un proceso vivo en curso, proceso de producción de lo real por el que se totaliza la experiencia humana¹⁰. Nos anclamos así en una doble dimensión del concepto: 1) la dimensión de la praxis, espacio de construcción por el que se teje la temporalidad, y 2) la dimensión simbólica, espacio de reconstrucción de sentidos, significados y concepciones, estrechamente ligado al modo en que se transforma el mundo, por encima de la mera actividad reflexiva en torno a los *hechos*. Estas determinaciones refieren a la dialéctica entre objetividad-subjetividad, por la que el devenir histórico se encuentra permanentemente abierto a la obra del hombre. Se desecha con ello la univocidad de nociones relativas a la historicidad, tales como progreso, evolución, desarrollo homogéneo y lineal, continuidad sin rupturas, etcétera. Ni la historia material es una simple sucesión ontológica de momentos, periodos o épocas; ni la historia del pensamiento un mero despliegue lógico de conceptos y razonamientos. Descartando dualismos entre el ser y el pensar, tampoco sus entrelazamientos pueden considerarse como empalmes mecánicos, por los que la cuestión gnoseológica dependería, bien de la aprehensión más o menos pasiva de lo “dado”, en una lectura objetivista que reduce el papel de la consciencia, bien de la constitución racionalista de lo real, en una interpretación subjetivista que sobrevalúa la mediación del pensamiento. La apropiación cognoscitiva de la realidad está en íntima unidad con respecto a las complejas interrelaciones de su producción, transformación y estructuración históricas, cuya dinámica

¹⁰ Para lo referente a la explicación que prosigue, véase de Ana María Rivadeo “La problemática de la categorización de la ideología en el marxismo: algunas consideraciones”, en *Introducción a la epistemología*, Ana María Rivadeo, (Compiladora), ENEP Acatlán, 9ª ed. 1995, pp. 165-169

difícilmente podría hacer del proceso de construcción de conocimiento un devenir uniforme –sin saltos cualitativos, quebraduras o grietas–, no obstante su participación directa en el desarrollo de la totalización.

Historicidad implica entonces dialéctica entre continuidad y discontinuidad, por un lado, y entre particularidad y universalidad, por otro.

Así, en lo que atañe particularmente a la historia del conocimiento científico, “la ciencia trasciende el ámbito histórico particular en que se produce y realiza inmediatamente, y pasa a integrarse en la historicidad como un momento universal que condiciona el proceso mismo de la producción y desarrollo de la totalización posterior”¹¹.

Continuidad/discontinuidad, homogeneidad/heterogeneidad, unificación/fragmentación, particularidad/universalidad, son pares que pueden constatarse en el seno no sólo de la historia del conocimiento, sino también al interior de la historia del proceso de constitución de cada saber. Paradigmas, improntas, reconocimiento de objetos, preocupaciones teóricas, herencias conceptuales, legados metodológico-técnicos, arsenales de instrumentos, configuraciones institucionales, prejuicios colectivos o individuales, puntos ciegos cualesquiera, etcétera, son aspectos que pueden fungir como nexos de continuidad entre una ciencia y otra en la historia del conocimiento o entre uno y otro momento del desarrollo de un mismo saber. Igualmente, cualquier desfase en alguno de estos rubros, la aparición de nuevas variables o influjos, el descubrimiento de enfoques, la creatividad y la invención, o hasta el azar, pueden operar virajes más o menos radicales, e incluso auténticas

¹¹ *Ibidem*, p. 169

revoluciones. Epistemológicamente, empero, siempre es posible hallar un puente entre los distintas épocas o momentos por el que sea explicitable el proceso de totalización del saber en vinculación con el proceso de producción de lo real. No obstante, durante el análisis histórico-epistemológico resulta sustancial no mermar la importancia de las rupturas en aras de sostener las continuidades, puesto que se corre el riesgo de ahogar lo inédito o suponer un *a priori* teleológico en ambos procesos.

Más allá de la cuestión cronológica e historiográfica, la demarcación entre la prehistoria y la historia de un saber o una ciencia constituidos –demarcación que precisa encarar la modalidad de la dialéctica continuidad/discontinuidad–, adquiere especial importancia por ser en donde se concentran múltiples nudos epistemológicos. La dilucidación de éstos aporta nuevas luces tanto para la comprensión de la especificidad de un dominio epistemológico particular, como para la epistemología general a todas las ciencias.

Por prehistoria entendemos el proceso de articulación (interacción, interdependencia y complementariedad) de las distintas condiciones de posibilidad para la constitución específica en los ámbitos histórico, teórico y pragmático de una disciplina. Desde otro punto, la historia de un saber refiere a su quehacer a partir de un claro posicionamiento frente a su objeto concreto ya constituido.

Así, para el caso del psicoanálisis conviene centralmente repensar ese tránsito: un análisis del periodo de su fundación, las influencias que presidieron su gestación, la ubicación de sus orígenes, hacia la comprensión del modo en que se vertebraron sus fundamentos y sus finalidades. Sin

embrago, por razones de delimitación, omitimos aquí el abordaje del segundo nivel antes descrito¹², el nivel socio-económico-político-cultural-institucional. Nos abocamos al primer y tercer nivel, niveles teórico-metodológico-técnico-clínico-organizacional y de implicación personal, por mantener en conjunto una vinculación más estrecha con el trabajo filosófico¹³. Respectivamente, aquél brinda el espacio global desde donde Freud avanza hasta el terreno de éste, lugar donde florece lo inédito de su objeto. Con la exposición de este capítulo *re-corremos* lineamientos ya trazados¹⁴ que permiten avanzar sobre una interpretación de la constitución del psicoanálisis, cuyo compromiso procura reivindicar la autonomía y el verdadero rostro del saber freudiano.

El psicoanálisis es autoconstituido en el marco de los rígidos patrones de científicidad estipulados por el positivismo dominante propio de su tiempo. Nos encuadramos en el umbral del siglo XX, pleno de los progresos obtenidos

¹² Véase *supra*, págs. 9 y 10

¹³ No incurrimos en flagrante contradicción, sostenemos aún la ligazón del nivel histórico con la filosofía desde la epistemología, así como la importancia de su estudio; pero su inserción requiere de un trabajo mayor que aquí nos rebasa. En este sentido, Perrés insiste en que una epistemología histórica requeriría necesariamente de una complementariedad multirreferencial (Cfr. "Psicoanálisis y complementariedad multirreferencial: reflexiones epistemológicas", *Argumentos*, núm. 10-11, México, UAM-Xochimilco, diciembre 1990, pp. 119-134). Por otro lado, veremos que, no obstante, la competencia filosófica del nivel de implicación personal ha sido negado en la tradición epistemológica. El descubrimiento freudiano pondrá en tela de juicio la supuesta exterioridad del sujeto de la ciencia frente a su objeto de investigación, porque *de hecho*, en su caso específico se identifica con él. ¿Cómo es posible construir conocimiento en torno a un objeto, el inconsciente, que es al mismo tiempo un sujeto, y que simultáneamente tiene que ser abordado por otro sujeto, ambos sujetos del inconsciente? Inmanentemente, el planteamiento radical que subyace y que opera una auténtica revolución en el ámbito de la epistemología general consiste en la inclusión de las variables subjetivas en el seno de la construcción teórica, una demostración por extensión del atravesamiento de todo proceso de conocimiento por *las* (en plural) determinaciones psíquicas, de entre ellas algunas insospechadas e inauditas (véase *infra*, el apartado 4 de este capítulo, p. 34).

¹⁴ De nueva cuenta, nos asimos básicamente a las elucidaciones de José Perrés y Paul Laurent Assoun, aunque esta vez nuestro esfuerzo de síntesis es mayor. Ello nos ha exigido la consulta de diversas fuentes que citamos a pie de página cuando las referencias son muy puntuales; otros de los datos expuestos son retomados de lecturas generales en torno a la historiografía del psicoanálisis freudiano.

por las ciencias positivas mediante la aplicación seriada del método experimental a los distintos espacios del conocimiento sobre la naturaleza: inaugural y paradigmáticamente en la física, s. XVII; en la química, s. XVIII, y en la biología, s. XIX. Este camino abierto por la conceptualización del positivismo fisicalista atraviesa más allá a toda elaboración teórica de la época –incluida la freudiana–, situación que se evidencia en el tratamiento que hacen otros saberes ajenos al ámbito natural sobre sus objetos, y por cuyos intentos procuran llevarlos hacia la experiencia científica. Es el caso de la sociología y la psicología emergentes.

La gestación y el nacimiento del psicoanálisis tienen así como parte esencial de su abrevadero la plataforma positivista, a partir de la cual Freud tiende a la formación de un nuevo saber con sus propios criterios de verdad y científicidad. Desde sus comienzos, el pensamiento freudiano está muy lejos de desarrollarse como un mero *continuum* de ideas exento de contradicciones, discontinuidades, revoluciones y rupturas. Su surgimiento enlaza en una cadena de continuidades-rupturas respecto a diferentes hipótesis sobre los trastornos funcionales, propias de dos saberes autorizados en el campo: medicina y psicología. Por caminos distintos, ambos responden insatisfactoriamente a la pregunta por el origen de aquéllos, y así adolecen de ineficacia terapéutica. De cara a estas vicisitudes, la prehistoria del psicoanálisis incluye el sorteo de los *impasses* teóricos y técnico-metodológico que medicina y psicología enfrentan.

La medicina de fines del siglo XIX, marcada por los importantes descubrimientos en el campo de fisiología, ofrece explicaciones neurológicas caracterizadas por una interpretación mecanicista, cuyas causalidades de tipo

físico-química y patológico-anatómicas son consideradas como reguladas por ciertas partes del cerebro. Desde este enfoque, los fenómenos psíquicos son relegados o supeditados a dichas explicaciones. Se trata siempre de encontrar las causas somáticas de los síntomas y de suprimirlos sin importar su significación psíquica. Especialmente, el panorama nos trasluce el creciente impulso de la primera psiquiatría, nacida 100 años atrás entre el mesmerismo y la revolución pineliana, y sus ya visibles mutaciones por las que se superpone la organogénesis (causalidad orgánica) sobre la psicogénesis (causalidad psíquica)¹⁵.

Paralelamente a la medicina, la psicología contemporánea se debate entre grandes dificultades. Por un lado, la psicología espiritualista de herencia filosófica o psicología especulativa. Esta modalidad de la psicología, cuyo método es introspectivo, se muestra incapaz de erigirse como ciencia frente al fuerte posicionamiento del positivismo. Su hipótesis predominante es la de un psiquismo dominado por la consciencia. De otro lado, los intentos de virar respecto a esta dirección por parte de la emergente psicología científica o psicología empírica, empeñada en alinearse con las ciencias de la naturaleza y en verificar en el hombre la prolongación de las leyes que rigen los fenómenos naturales. Bajo la concepción de ciencia perfilada por la física moderna, insiste en un método de conocimiento como experimentalmente verificable, de técnicas fisiológicas y fundado en hechos empíricos que, no obstante, entorpece la delimitación específica del ámbito psíquico: sus fenómenos no son ya más que el desarrollo de procesos fisiológicos. Sus intentos redundan en la determinación de relaciones cuantitativas, la

¹⁵ Véase Roudinesco, Élisabeth, *¿Por qué el psicoanálisis?, op. cit.*, especialmente el cap. III "El alma no es una cosa", pp. 29-35

formulación de leyes que operen al modo de funciones matemáticas, la puesta en marcha de hipótesis *explicativas*, bajo el ideal de rigor, exactitud y objetividad propios de la ciencia moderna. Sus variantes son el modelo físico-químico, el modelo orgánico y el modelo evolucionista¹⁶.

Dentro de esta tradición es que Freud recibe su preparación formal, convirtiéndose en uno de los neurólogos más capacitados de su tiempo. En el periodo comprendido entre 1873, fecha en que inicia su formación médica, y 1900, año en que se publica *La interpretación de los sueños* –obra por la que parece reorientar su quehacer hacia un enfoque “puramente psicológico” y en la que ya aparecen conceptos psicoanalíticos centrales¹⁷–, su actividad es prolífica en este sentido. Realiza sus primeras investigaciones en anatomía comparada (1876). Logra doctorarse en medicina por la Universidad de Viena (1881). Participa en investigaciones neurológicas sobre la histología y la histopatología del sistema nervioso (1877-1882). Incursiona en investigaciones sobre clínica psiquiátrica, dermatología, farmacología y trastornos nerviosos (1883). Ejerce como profesor de neuropatología (1885). Se instala como médico privado especialista en trastornos nerviosos (1886) bajo el empleo de métodos tradicionales (tratamientos físicos y morales). Es aceptado como miembro de la Sociedad Médica de Viena (1887). Escribe

¹⁶ Véase Foucault, Michael: “La psicología de 1850 a 1950”, en *Dits et écrits*, París Gallimard, 1994, t. I, pp. 120-137, trad. Hernán Scholten.

¹⁷ Para Freud, el inicio del psicoanálisis propiamente dicho está marcado por esta obra. Sin embargo, el padre del psicoanálisis no parece dejar de reconocer un genuino deseo por el que la neurología alcanzara algún día la explicación total sobre lo psíquico. Escribe, por ejemplo, en 1916: “debe recordarse que todas nuestras provisionalidades psicológicas deberán asentarse alguna vez en el terreno de los sustratos orgánicos” [«Introducción al narcisismo», *Obras completas*, *op. cit.*, t. XIV, p. 76]. Sin embargo, al encontrar verdaderos obstáculos por el desarrollo teórico, Freud asume como históricamente necesario permanecer en terreno puramente psicológico; esperaba emanciparse de la neurología y la biología de su tiempo. En realidad, cuando Freud recurre desde su problemática médica al saber psicológico, se trata no tanto de la psicología ya existente cuanto de la que él va a crear.

diversos trabajos, de entre los que se registran *Sobre la concepción de las afasias* (1891) y *Parálisis cerebrales infantiles* (1897), su último trabajo sobre neurología.

No obstante su ávido interés en la ciencia de su tiempo, y particularmente en la neuropatología, simultáneamente Freud es un sigiloso interesado de la filosofía¹⁸, por cuya vía frecuenta la metafísica. Además de cursar las asignaturas obligatorias por su inscripción en la Facultad de Medicina, en ella Freud asiste extracurricularmente a diversas clases y cursos sobre filosofía (1873-1876) tutorados por Franz Brentano. Con fama de filósofo aristotélico y psicólogo empirista, Brentano representa para Freud una original y sugerente “alianza entre especulación y observación”¹⁹, alianza que le permite mantener una actitud cautelosa respecto al dogma positivista y dar salida a su “vocación auténtica”²⁰. Esta apetencia por la formulación filosófica refleja además la búsqueda de un instrumental básico que le permita mejores vías de expresión

¹⁸ En realidad, el interés por la filosofía despertó en Freud con anterioridad. De acuerdo con su autobiografía, y tal como lo refiere Assoun, desde Jones, Freud se decidió a estudiar medicina debido a las reflexiones filosóficas planteadas en un ensayo de Goethe en torno a la Naturaleza; Freud asistió a la lectura del mismo en el marco de ciertos cursos públicos sobre anatomía en el año de 1873. Assoun subraya, entonces, el hecho de que haya llegado a la medicina gracias a un “estímulo especulativo” [Cfr. Assoun, Paul-Laurent: *Freud, la filosofía y los filósofos*, Paidós, 1982, p. 13-18]. En todo caso, un estímulo filosófico. Assoun se dedicará a rastrear y desarrollar el modo en que el discurso filosófico opera positiva y activamente en el discurso freudiano, desde su génesis hasta sus postrimerías, desde las influencias de Franz Brentano hasta las de Schopenhauer y Nietzsche (Cfr. *Freud, la filosofía y los filósofos*, op. cit.). Assoun demuestra también que es en la tenue línea que separa a la ciencia de la filosofía en donde se concentran los fundamentos epistemológicos de donde deriva relativamente el psicoanálisis, marcando sus teorizaciones: la influencia fundamental de filosofías de la ciencia tales como el monismo, el fiscalismo y el agnosticismo, representadas en los modelos históricos machiano, brückiano, herbatiano y fechner-helmholtziano. (Cfr. *Introducción a la epistemología freudiana*, op. cit.). A propósito de la lectura que Assoun tiene en relación con el acercamiento de Freud hacia la filosofía, véase *infra* también nuestra nota a pie de página núm. 2, cap. II, p. 41. La exposición siguiente se basa en los aportes de Assoun.

¹⁹ Assoun, Paul-Laurent: *Freud, la filosofía y los filósofos*, op. cit., p. 17

²⁰ Por “vocación auténtica” hay que entender la genuina disposición filosófica de Freud, desde su pasión en la búsqueda del conocimiento.

para las teorizaciones que proyecta, en el momento en que todavía no domina su objeto específico. Freud aprende, pues, la racionalidad filosófica, con ella una nueva forma de aproximación a los textos que le dota de un sentido crítico sistematizado, y simultáneamente un arsenal conceptual que mixtifica complejamente con su instrumental terminológico disponible heredado por la medicina y la psicología de su tiempo²¹. Desde entonces, la presencia del saber filosófico en la vida y la obra de Freud es innegable. Su actitud se descubre ambivalente: atracción confesa y rechazo aparente por la especulación debido a su raigambre positivista.²²

Por otro lado, algunos años después de haber completado su formación médica, Freud sigue emprendiendo nuevas investigaciones. Es estudioso directo de las novedosas propuestas emergentes en París, Berlín y Nancy (1885-1889), incómodas para la ciencia oficial y desafiantes del saber médico. Por ellas Freud se orienta definitivamente hacia la psicopatología, concentrándose en el estudio de la histeria, las técnicas de la hipnosis y de la sugestión. Estos estudios inicialmente son realizados dentro del campo de la investigación, gracias a los cuales Freud comienza a sospechar la existencia del inconsciente como un lugar psíquico separado de la consciencia; posteriormente son trasladados hacia la experiencia clínica con fines terapéuticos hasta la elaboración de nuevos planteamientos teóricos. Comienza entonces lo que podríamos llamar el proceso de psicologización de la práctica y la teoría médicas en Freud²³. La operatividad de la sugestión

²¹ Cfr. Freud, *la filosofía y los filósofos*, op. cit., p. 19

²² Assoun llama a su intento de elucidación de esta ambigüedad presente en Freud una especie de "fenomenología de la ambivalencia". *Ibidem*, p. 13

²³ Pierre Fougeyrollas explica que tras esta psicologización de la medicina, hay también propuesta una medicalización de la psicología como efecto del desarrollo del psicoanálisis. No se trata solamente del influjo positivista por la cientificación de los saberes, que exige la introducción de la

hipnótica le permite descubrir en forma progresiva el carácter psicológico de los medios de tratamiento eficaces contra la neurosis, y desde ahí concluir la etiología psíquica de los trastornos neuróticos. Hacia ese rumbo avanza después en colaboración con Breuer (con quien finalmente escribe *Estudios sobre la histeria*, en 1895), desarrollando el método catártico que utiliza la hipnosis con vistas a la discursión o *abreacción* de cargas afectivas patógenas para liberar el recuerdo traumático causante del síntoma y así eliminarlo. Sin embargo, en relación a las cuestiones etiológicas planteadas por sus investigaciones sobre la histeria, Freud se separa de Breuer por llegar a una concepción en virtud de la cual la sexualidad, y particularmente sus efectos simbólicos, desempeña el papel decisivo en la producción de las neurosis; mientras que Breuer responde con una teoría de orientación netamente fisiológica. Según Freud, tal lugar psíquico disociado de la consciencia es producto del olvido activo de un recuerdo penoso, de origen sexual, por parte del sujeto –más tarde denominado *represión*–; puesto que dicho recuerdo ocasiona un conflicto entre fuerzas anímicas encontradas, se produce el desdoblamiento psíquico como defensa contra el displacer. Esta negación al recuerdo explica las resistencias para la abreacción que los pacientes manifiestan durante el tratamiento. La no abreacción, la resistencia al recuerdo, las reacciones transferenciales, así como la constatación de que la simple descarga emocional no garantiza la cura por una frecuente reincidencia de los síntomas mediante el método de Breuer, impelen a Freud hacia un nuevo y definitivo viraje técnico, con eje en la hipótesis del factor sexual. Se encamina así hacia el método de asociación libre y al

experiencia empírica y de la formalización de la técnica; se trata también de una reconsideración integral del sujeto tematizada por su metapsicología. Psicologización de la medicina/medicalización de la psicología, dos procesos que en una nueva forma, dentro del campo clínico, dan cuenta de la revolución freudiana. *Cfr. La revolución freudiana* (1970), Guadiana, Madrid, 1971, pp. 22-33

descubrimiento del inconsciente como un lugar *universal* en el espacio psíquico y no sólo como disociación patógena. En adelante, la cura será el *plus* ganado tras la elaboración consciente del material reprimido por parte del propio analizando, bajo la orientación del analista.

Brevemente, en la genealogía del psicoanálisis en términos de su ascendencia teórica-práctica dentro del campo de la medicina, la filosofía, la psicología y la terapéutica, destacan las influencias de Johann Friedrich Herbart; de Hermann Ludwig Ferdinand von Helmholtz y Emil Du Bois-Reymond, especialmente a través de Ernst Wilhelm von Brücke y de Theodor Meynert; de Ernst Mach; de Jean Martin Charcot, Hyppolyte Bernheim y Ambroise Liébault; de Josef Breuer y, finalmente, de Wilhelm Fliess. Es decir, sus concepciones comienzan a gestarse en el seno positivista del biologicismo basado en el la física, desde donde se tiene una tendencia a afirmar que lo psicológico tiene un paso necesario en lo neurofisiológico; con posteriores puntos de inflexión hacia la psicopatología marcados por la hipnosis, la técnica de la sugestión y el método catártico, la hipótesis del factor sexual, y hasta el método de la asociación libre²⁴.

²⁴ Precisando sobre la periodización metodológica, véase Perrés, José: *Proceso de constitución del Método Psicoanalítico*, UAM-Xochimilco, México, 1989. El autor hace un trabajo de reseña y contextualización histórico crítica de estos métodos y sus articulaciones complejas. Señala la carencia de un estudio epistemológico profundo sobre el proceso de constitución del método freudiano en la prehistoria del psicoanálisis, por el que se expliquen las etapas por las que atravesó la técnica hasta llegar a la asociación libre y con ella a la instauración del método psicoanalítico. Su propuesta es esquematizada como sigue: 1] Método "tradicional": tratamientos físicos y "tratamiento moral": 1886/1887 (¿?); 2] Método de sugestión hipnótica: 1887/1889 (¿1892?); 3] Método hipnocatártico: 1889/1892 (¿1896?); 4] Método catártico: 1892/¿1898?; 5] Método de asociación libre o método psicoanalítico: a partir de 1898, aproximadamente, con una rigurosidad gradual. Perrés nos advierte explícitamente los riesgos de separar nítidamente los cinco periodos. De fondo, todos forman parte de un proceso total en verdadero *continuum*, aunque no necesariamente «lógico», 'esperado' o 'natural'» como si el método psicoanalítico estuviese contenido desde siempre en las formas de psicoterapia sugestiva o en el método catártico (p.22). Como parte de su análisis, nos va mostrando el correlato teórico y demás determinaciones que

Entonces, desde su formación primera y de manera permanente Freud combina en forma compleja e integral los planos científico-teórico, filosófico, clínico y de investigación, condición esencial que posibilita gradualmente el surgimiento de nuevas situaciones propicias para formulaciones inéditas. De modo que, aunque notoria, la presencia de la determinación positivista no es única. La comprensión del proceso de constitución de su propuesta, una concepción del aparato psíquico que trasciende los límites de las determinaciones patológico-anímicas, exige incluir la consideración sobre las preocupaciones teóricas del momento que lo atraviesan (las preocupaciones científicas en general y particularmente dentro la medicina y la psicología la estructuración del campo psicopatológico en relación a las neurosis), las respuestas técnicas e instrumentales que podía ofrecer la terapéutica de su contexto cultural, incluidos los lineamientos que regulaban el ejercicio privado de un neurólogo, sin dejar de lado las influencias que desde la formación no estrictamente académica operaron en la teorización freudiana, como aquellas provenientes del campo de la filosofía.

fueron propiciando dichos cambios. Por ejemplo, el periodo del método catártico caracterizado por el pasaje de la teoría del trauma a la teoría de la seducción (p.74). Véase también todo el análisis sobre el caso "Emmy" (pp. 121-153). Tanto su concepción terapéutica (teoría de la cura), como su método, respondieron a su concepción psicopatológica (teoría de la enfermedad). Las fechas son indicaciones presumibles de los años de comienzo y "terminación", entendida ésta última sólo como el abandono de dicho método en tanto exclusivo y/o preponderante, permaneciendo empero como método complementario. Entre paréntesis se anota el momento probable de renuncia definitiva al método en cuestión y los signos de interrogación evidencian las dudas que continúan abiertas sobre la delimitación de fechas. Del mismo modo, conviene apuntar a sus pertinentes observaciones sobre las definiciones de método y técnica, así como la problematicidad terminológica que se presenta al intentar dar cuenta de dichas modificaciones metodológico-técnicas, en el empleo de términos como "desarrollo", "evolución" o "progreso" (pp. 19-24)

Freud avanza así desde la investigación médica, específicamente entorno a la neurofisiología, hacia la terapéutica, centrada en el método de investigación por asociación libre, hasta la fundamentación de una nueva teoría psicológica con su propuesta del aparato psíquico presente en su metapsicología, neologismo que indica su originalidad. La sistematización de sus conocimientos, provenientes de la experiencia analítica y aplicables retroactivamente al análisis de nuevos casos para la cura, le permitirán presumir la cientificidad del psicoanálisis y, a su tiempo, una revolución teórica que tendencialmente aparejarán nuevos retos para el saber filosófico.

3. Las lecturas practicistas y las lecturas teoristas

Hasta aquí hemos mostrado sucintamente la forma en que el espacio teórico en donde el psicoanálisis de Freud germina es abonado por una tradición positivista. Sin embargo, mediante la delimitación de los distintas epistemologías presentes en su conformación, avizoramos también que el problema de la especificación de la propuesta freudiana no sigue por cauces lineales ni de sencilla etiquetación. La omisión de distinciones tan importantes como epistemología(s) de Freud y epistemología(s) freudianas nos impide una lectura más matizada y más productiva acerca de los principios propios del saber analítico. Insistimos pues en que resulta estratégico un análisis del conjunto complejo de los modelos y referentes que contribuyeron a sus constitución para esclarecer el tipo de racionalidad que sobredetermina al objeto freudiano y, sin embargo, comprender desde ahí el modo en que Freud los subvierte hasta alcanzar lo inédito. Y, en retrospectiva, sostenemos la importancia de cuestionar los modelos de

desciframiento bajo los que diversas lecturas han dado sus evaluaciones epistemológicas en torno al estatuto teórico del psicoanálisis.

El modelo epistemológico que mejor ha engarzado orgánicamente con el proyecto general de la modernidad, un proyecto asentado en los ideales ilustrados por los que la razón tiende a convertirse en la única instancia autorizada para la jurisdicción de los criterios de científicidad, ha sido el positivismo, y particularmente la corriente del empirismo lógico desarrollado durante la primera mitad del siglo XX.²⁵

Sus antecedentes se remontan al kantismo, o a una forma de continuarlo, desde donde la problemática del conocimiento científico es planteada ambivalentemente en términos de escisiones al mismo tiempo conflictuantes y solucionadoras.

Primero, de la escisión entre sujeto y objeto, el positivismo lógico hereda una concepción del conocimiento que pivota sobre dos ejes: del lado del sujeto (trascendental), la coherencia lógica del lenguaje de conocimiento; del lado del objeto, su exterioridad y susceptibilidad de aislamiento y descomposición a efectos de análisis. En este sentido, la relación sujeto/objeto tiene como una de sus desembocaduras una relación de correspondencia entre un lenguaje racional que *describe* y una realidad (supuestamente independiente al sujeto) que se *des-cubre* por medio de la observación empírica o la experiencia (simplificación que violenta, por omisión, toda la actividad constructora del objeto por parte del sujeto, que Kant atribuye a las formas *a priori* de la

²⁵ Ferrés, José: *El nacimiento del psicoanálisis...*, *op. cit.*, Especialmente, véase la Introducción (pp. 25-34) y todo el cap. I (pp. 35-74).

sensibilidad y a las categorías del entendimiento), de donde se asume que el conocimiento, para que puede ser considerado como tal, tiene que ser válido (adecuación lógica entre lo enunciado y la realidad).

En segundo lugar, la impugnación de la posibilidad de fundamentar la metafísica como ciencia, que pretexto el deslinde entre dos campos y dos modos de saber diferenciables: los saberes no cimentados (saberes prácticos, ilusiones metafísicas, pseudociencias, etcétera) y el conocimiento científico, éste ya *único, universal y necesario*²⁶.

En tercer lugar, la formulación del criterio de demarcación por parte de Hans Reichenbach, por el que tajantemente se distingue entre un *contexto de descubrimiento* y un *contexto de justificación*²⁷. El primero abarca la actividad humana del descubrir y el conjeturar, y así el modo en que son concebidos nuevos conceptos o nuevas teorías, por lo que en él se manifiesta el componente “irracional” del conocimiento (determinación histórico-social y factores subjetivos del investigador). Al segundo, único importante para la epistemología, corresponde la justificación racional de lo descubierto “irracionalmente”, es decir, su legitimación lógica en el interior del cuerpo teórico de una ciencia (verificación –o falsación, en la variante popperiana– de hipótesis, coherencia conceptual, validez de las proposiciones, explicatividad de las teorizaciones, construcción de teorías, etcétera). A partir de este criterio, el conocimiento, que es concebido como una creencia

²⁶ Para Kant, la tarea de una filosofía crítica es mantener una rotunda frontera entre ambas esferas. Cfr. “Prólogo a la segunda edición, 1787”, *Crítica de la Razón Pura*; Porrúa, México, 1972, p. 17

²⁷ En *Experiencia y predicción* (1938). Cfr. Pérez Ransanz, Ana Rosa: *Kuhn y el cambio científico*, F.C.E., México, 1999, pp. 17-18

verdadera y justificada, no necesita pensarse como vinculado a sus circunstancias sociales de producción.

Esta triple división epistemológica –sujeto/objeto, ciencia/no-ciencia y descubrimiento/justificación– fundamenta el conocimiento científico sobre la sólida base de una racionalidad pura, que paradójicamente reivindica como su única tarea la conquista de la objetividad. El resto de los elementos circunstanciales (que incluyen los problemas de génesis, causas, efectos y resultados del conocimiento), se convierten en dominio para otros saberes no estrictamente científicos, ubicados en el terreno de las *humanidades*: psicología, sociología, historia. Éstas nada tienen que decir sobre el núcleo de la razón científica.

Tal postura, que domina por varias décadas en el panorama epistemológico internacional, reedita constantemente la querrela de mediados/fines del siglo XIX entre las ciencias de la naturaleza y las ciencias del espíritu (ciencias duras/ciencias humanas, ciencias fácticas/ciencias discursivas, saber científico/saber narrativo, etcétera), y con ella la oposición metodológica entre el “explicar” y el “comprender”. En confrontación con el positivismo, el historicismo intenta reivindicar los objetos sociales frente a los objetos naturales como objetos de conocimiento; su error consiste en confirmar la tajante escisión que aquél había instaurado sobre la base de las ciencias positivas, al defender su propia especificación. El empirismo lógico mantiene actual esta disputa, pero tiende a intolerarla. Instauro a sus correligionarios (epistemólogos, metodólogos y lógicos) como *los* filósofos de la ciencia, cuya labor más apremiante es la construcción de un único sistema formalizado, la Ciencia Unificada.

Empirismo, positivismo, empirismo o positivismo lógicos, neopositivismo, son posturas que angostan el espectro del conocimiento humano. Éste no se agota con la ciencia, es decir, la problemática del conocimiento no se agota con la problemática epistémica. Tampoco se trata, empero, de la disolución posmoderna de la cientificidad por la adopción generalizada del estatuto de *saber* para cualquier forma de conocimiento. A la base, la cuestión consiste en el replanteamiento de la concepción misma de conocimiento, y así de las nociones de ciencia, verdad y racionalidad; lo que exige, en última instancia, una aclaración por otra vía de la problemática relación subjetividad/objetividad²⁸.

El psicoanálisis no ha escapado a las evaluaciones del positivismo lógico. Los estudios que despegan desde esta postura en torno a su gestación y nacimiento conducen a obturar su especificación: 1) por una completa relegación de sus determinaciones históricas, socio-económico-político-cultural-institucionales, y 2) por una total omisión del nivel de implicación personal, de especial importancia para el psicoanálisis por ser dentro de él que Freud constata la hipótesis del inconsciente con el encuentro de *su* propio inconsciente, hasta la formulación del concepto que vertebra esencialmente sus teorizaciones. En conjunto, tales límites remiten a la exclusión del contexto de descubrimiento dentro del análisis de la(s) epistemología(s) freudianas.

No conforme, dentro del nivel teórico-metodológico-técnico-clínico, el único que interesa a la lectura cientista, nos encontramos aún con graves miopías. La complejidad de la problemática epistemológica inherente a la fundación

²⁸ Véase *infra*, págs. 35-37, en especial la nota de pie de página 37.

del psicoanálisis es reducida por el positivismo a su aspecto metodológico. El pasaje de la prehistoria a la historia del psicoanálisis se concentra en la variación técnica por la que se opera el viraje del método de la catarsis al método de la asociación libre; este análisis trata de empatar las características de la asociación libre con las determinaciones de *el* “método científico”, de donde la prehistoria del psicoanálisis es concebida como el “proceso de evolución de la técnica freudiana” hacia él.

Sobre el eje de la experiencia, fundamento definitivo de las ciencias empíricas, y hasta el criterio de verificación o falsación, el positivismo exagera la importancia de los descubrimientos clínicos –nivel empírico– y de sus “observaciones” en la formulación de hipótesis de diversos alcances, previas a la consecución de la teoría verificada en los pacientes de Freud. Por todo lo cual el psicoanálisis, en tanto disciplina científica, se afirma como la sola teorización del método, producto éste de una modificación de la técnica lograda mediante la experimentación.

En torno a las elaboraciones teóricas freudianas paralelas o posteriores a la gestación y nacimiento del método psicoanalítico –la doctrina de Freud–, desde filas positivistas coexisten tres posturas básicas: primera, la de sus detractores, quienes niegan cualquier nivel de científicidad al psicoanálisis. Segunda, la de los reduccionistas –dualistas–, quienes separan tajantemente el método de la teoría freudianos por considerar a ésta como plagada de especulaciones metafísicas, imprecisiones y hasta contradicciones que no resisten una sistemática formalización, ello con el fin de garantizar al psicoanálisis una vía de acceso –la del método– al terreno de la científicidad. Y tercera, la de los moderados, quienes intentando resarcirle una completa

cientificidad se empeñan en la axiomatización, apelando a los inmanentes rasgos positivistas del discurso freudiano que la harían legítima, y por cuyo afán se ocasiona, no obstante, un denigramiento de la autonomía freudiana.

Estas posturas patentizan el tradicional divorcio entre teoría y práctica. Se registra así una respuesta más o menos radical a esta lectura que hace palanca en el practicismo cientista del psicoanálisis: el teoricismo, fundamentalmente vinculado a los aportes althuserianos²⁹. Las lecturas teoricitas, para dar cuenta del nacimiento de los conceptos y los métodos, asignan el sitio privilegiado a la teoría, restando con ello al campo empírico-clínico su papel genuinamente estratégico; es decir, denigrando el momento clínico como de simple aplicación de la teoría constituida, por vía del método. Especialmente, dentro del momento de la teorización, el teoricismo se interesa por el momento de la constitución del objeto formal-abstracto del psicoanálisis –el inconsciente– con el fin de situar el momento de corte epistemológico por el que se especifica como disciplina independiente.

Es entonces que la investigación sobre la epistemología del psicoanálisis freudiano pasa por el tamiz de modelos epistemológicos exteriores, sea para descalificarlo del ámbito científico (positivistas reduccionistas), sea para retribuirle cierta científicidad impostora (positivistas y teoricitas), sea para tratar de conferirle el estatuto de disciplina autónoma desde un tipo de racionalidad peculiar y propia, no estrictamente científica, que sin embargo no alcanza sus especificaciones más esenciales. Dentro de éste último rubro están los intentos de la epistemología reciente que traslada el psicoanálisis hacia la

²⁹ Perrés, José: *El nacimiento del psicoanálisis...*, op. cit., Especialmente, véase todo el cap. II, pp. 75-109

hermenéutica. Ello, sin embargo, casi invariablemente sobre la prolongación de la escisión entre el reino de la naturaleza y el universo del sentido.³⁰

Assoun demuestra que Freud no deambula entre naturalismo y hermenéutica, como entre dos extremos irreconciliables, tratando de sintetizarlos.³¹ La querrela epistemológica “explicar *versus* comprender” –fórmula que decíamos expresa la antinomia entre el saber científico y la especulación filosófica– no sólo no está presente en él, sino que es trascendida totalmente integrando ambos métodos al psicoanálisis. La aparente oposición de las explícitas declaraciones que Freud emite acerca del estatuto teórico del psicoanálisis como ciencia de la naturaleza –y su firme confianza en el determinismo–, frente a la innegable integración de la hermenéutica onírica y todo el procedimiento interpretativo dentro de la clínica como su especificación metodológica más propia, es disuelta por Freud al subsumir el nivel de la comprensión al de la explicación. En el procedimiento psicoanalítico la interpretación se plantea como una forma de explicación. En él, el quehacer hermenéutico es el camino que explica en el modo interpretativo estableciendo una causa³². Psicoanalizar es descomponer

³⁰ Cfr. Beuchot, Mauricio: “La Hermenéutica y la Epistemología del Psicoanálisis”, en *Hermenéutica, psicoanálisis y literatura*: Beuchot, Mauricio y Ricardo Blanco (compiladores), UNAM, México, 1990, pp. 9-17. Beuchot nos presenta un esquema general muy completo del posicionamiento del psicoanálisis según los diferentes modelos epistemológicos, su objetivo es defender la pertinencia de su ubicación dentro de modelos de corte hermenéutico. Por su parte, Ferrés, por ejemplo, aunque asume los aportes de la hermenéutica y reconoce que hay lecturas en este campo que se han esforzado recientemente en demostrar la conciliación entre el explicar y el comprender, considera que la hermenéutica en general sostiene el supuesto de que el procedimiento interpretativo consiste esencialmente en develar o traducir las significaciones “dadas” de lo inconsciente. Por lo que tiende a la denegación de la acción creadora del trabajo analítico (Cfr. “La epistemología del psicoanálisis: Introducción a sus núcleos problemáticos y encrucijadas”; *Acheronta, revista de psicoanálisis y cultura*, núm. 7, julio 1998)

³¹ Cfr. Assoun, Paul-Laurent: *Introducción a la epistemología freudiana...*, op. cit., especialmente pp. 41-52

³² Cfr. *Introducción a la epistemología freudiana...*, op. cit., p. 45

un cuadro psíquico en su esquema causal remontando los efectos hacia la causa, demostrando pues, nexos objetivos entre el acontecimiento y el proceso.

De este modo, en Freud la vertiente “explicativa” vinculada al naturalismo-materialismo-determinismo, propios de la tríada epistémica física-química-biología de su época, y la vertiente “comprensiva”, más ligada al orden de la interpretación y a las diversas corrientes hermenéuticas, están unidas como en un sólo y mismo lenguaje, en la conjunción de su problemática energética con su teoría del sentido. Esta es la factualidad epistémica que tienen que tematizarse desde su propio lugar, un sitio *atópico* y *utópico* previo a Freud.

Freud se instala entre los intersticios de saberes constituidos dentro del marco positivista, desde donde se ve obligado a fundar un nuevo lugar epistémico y así un nuevo concepto de conocimiento³³. Desde el modelo heredado por el positivismo Freud no hubiese conseguido constituir a la subjetividad, con sus horizontes de sentido y significación, como un nuevo objeto legítimo. Así, lo vemos permanecer fiel a ciertas exigencias del positivismo, que de hecho son su hilo conductor, pero entablado rupturas medulares con la integridad del paradigma, hasta la instauración de un nuevo espacio discursivo. En retrospectiva es claro: de haber construido su discurso únicamente a través de esa herencia, el psicoanálisis no existiría; y del mismo modo, si hubiese trabajado sin anclarse en ciertos lineamientos propios de la cientificidad de su época, le hubiese sido imposible adquirir un mínimo de legitimidad. Freud tuvo que sortear en la teoría las contradicciones que le implicaban sus

³³ Véase *infra*, págs. 35 y 36. En especial la nota a pie de página 37, ya antes señalada.

ligazones institucionales con respecto a sus avances clínicos y sus descubrimientos. Ello en parte explica, más no justifica, las evaluaciones arrojadas por ciertas lecturas desde el positivismo, según las cuales Freud no es más o menos que un místico o acaso un hermeneuta; o para las que, en cuanto científico, lo es sólo al modo de un científico positivista.³⁴

4. El discurso psicoanalítico freudiano: un discurso sobre el sujeto

Hemos esbozado el modo en que el psicoanálisis freudiano despunta en forma nodal en la inserción de la subjetividad al interior de toda problemática epistemológica. Contra el tradicional borramiento o filtración teóricos de lo subjetivo para intentar neutralizarlo, el psicoanálisis asume la incidencia fundamental de la subjetividad de cualquier investigador (especialmente dentro del ámbito del conocimiento social) y demuestra que a su través podemos proveernos de datos esenciales sobre la investigación misma, en sus direccionalidades, sus logros y sus obstáculos. Esta es la principal aportación de la epistemología freudiana a la epistemología general. Ello es posible porque Freud no concibe al sujeto ni a la subjetividad desde la concepción clásica ni desde la concepción moderna. El reposicionamiento de la subjetividad frente a la construcción cognoscitiva tenía como condición la reformulación conceptual del sujeto, y ésta a su vez implicaba el descubrimiento de nuevas determinaciones sobre él: la dimensión inconsciente que correlativamente hace de la consciencia un sólo efecto estructural.

³⁴ Toda la segunda parte de *El nacimiento del psicoanálisis... op. cit.*, (“El nacimiento del psicoanálisis y la problemática epistemológica: ¿hacia otra lectura posible”, pp. 277-462) se encarga de demostrar estas afirmaciones.

Así, podemos hablar de que la(s) epistemología(s) freudiana(s) incluyen una teoría del sujeto, o más bien, una teorización sobre el sujeto, sin ser explícitamente formulada, que cualifica su especificidad según la posición en donde se lo inserte, todo lo cual posibilita la construcción de distintas teorías del sujeto sobre la base de una estructura general de éste, a saber, el aparato psíquico.

Freud asesta contra la tradicional ilusión de un único sujeto, absoluto, inescindido, integrado, definido esencialmente en tanto *consciencia*, al demostrar que ésta no es sino una de entre otras instancias propias de la estructura psíquica. Su discurso tematiza lo referente al sujeto psíquico, y más específicamente al sujeto del inconsciente, un aspecto particular dentro de la problemática global de la subjetividad. Esta es la razón por la que podemos reconocer al psicoanálisis como un discurso sobre el sujeto o sobre los sujetos, de entre los que destaca la teorización sobre el llamado *sujeto del inconsciente*.

La especificidad de su discurso, y así su estatuto teórico, se elucida a la luz de la problemática epistemológica en torno a su objeto mismo. Freud demuestra que la cuestión sobre lo que sea la ciencia no puede ser planteado al margen del objeto: *¿cómo es posible construir conocimiento en torno a un objeto –el inconsciente– que es al mismo tiempo un sujeto y que simultáneamente tiene que ser abordado por otro sujeto? ¿Cómo si los sujetos en juego son sujetos del inconsciente?*³⁵ Con estas preguntas originales se genera un nuevo espacio

³⁵ “¿Cómo es posible una ciencia, en general, cuando el ser humano está esencialmente definido por la existencia del inconsciente, si sus actos y su pensamientos son determinados por motivos que él ignora; y cómo, en esas condiciones, una ciencia del inconsciente o, más sencillamente, un saber del inconsciente, puede ser posible: cómo el psicoanálisis en sí mismo es posible?” (C. Castoriadis

epistemológico que se basa en nuevos problemas, contestados con la producción de conceptos específicos e integrados en su metapsicología. Cuales fueren, por tal planteamiento se ratifica la genuina vocación científica de Freud si reconocemos mínimamente que el mayor logro en el desarrollo del conocimiento no radica en las respuestas dadas por los investigadores sino que está dado por las preguntas que han sabido formular³⁶.

La epistemología que produjo Freud comporta un modo *sui generis* de pensar la relación sujeto-objeto, tan costosa a la teoría del conocimiento, por revolucionar definitivamente las epistemologías y enclavarnos totalmente en una dimensión inédita hasta entonces. Previamente redimensionadas la objetividad y la subjetividad, el psicoanálisis freudiano avanza por su comprensión dialéctica; por un lado, en la reivindicación de la subjetividad –y aquí debe subrayarse que se trata de la subjetividad con alcances en los niveles de singularidad, el sujeto individual concreto sin exclusión de la esfera colectiva– como susceptible de abordaje científico, es decir, objetivo; y por otro lado, como ya señalábamos, en el reconocimiento de las cualidades más propias de la subjetividad para la *construcción* del conocimiento objetivo. Antes de los trabajos de Freud, ninguna teorización había precisado la incorporación al análisis epistemológico del propio “sujeto de la investigación” (como sujeto histórico-social y sujeto psíquico), en su profunda escisión como sujeto cognoscente, sobredeterminado por su propio

“Logique, imagination, reflexion”, p. 9, CITADO Y TRADUCIDO POR José Ferrés: “La Epistemología del psicoanálisis: Introducción a sus núcleos problemáticos y encrucijadas”, *op. cit.*)

³⁶ Consideramos que la vocación científica de Freud se constata además en su interés permanente por la producción de conocimiento teórico válido, transmisible, verificable y sujeto a constante revisión. Al mismo tiempo, Freud manifiesta preocupación porque sus conclusiones sean de interés no sólo para la psicología y la medicina, sino para otros campos científicos, como la filología, la filosofía, la biología, la historia de la evolución y de la civilización, la estética, la sociología y la pedagogía.

inconsciente. Sólo con la asunción de esta dimensión inconsciente presente en el sujeto de la investigación podremos aspirar a la comprensión completa del proceso de conocimiento mismo, y así también a la comprensión de los obstáculos que a dicha producción de conocimiento se oponen desde niveles internos del propio investigador³⁷.

El psicoanálisis, en tanto discurso teórico-clínico del “saber *sobre* el inconsciente”, no habría nacido si no se hubiera complementado la experiencia empírica de Freud en la clínica y sus crecientes conceptualizaciones sobre la misma con su propio “análisis” con Fliess, quien brindó sin saberlo ni proponérselo las condiciones de posibilidad transferenciales para la movilización interna de Freud y la conexión con su “saber *del* inconsciente”³⁸.

Parfraseando a Perrés, es la transferencia lo que *produce* el psicoanálisis; posibilita el primer psicoanálisis y así la teoría psicoanalítica. Si ha habido una “ruptura” —que podemos reconocer como auténtica mutación del objeto de estudio inicial—, no ha sido esencialmente por el trabajo con sus pacientes, ni por la teorización de esas observaciones. La construcción de la teoría depende por momentos de sus experiencias clínicas, mientras que en otros es ella misma la que va brindando luces en el trabajo clínico y en la introducción

³⁷ La complejidad de la cuestión precisa plantear una pregunta aún más radical para la teoría del conocimiento. En palabras de Perrés: «¿Qué significa ahora el “conocer” si partimos de la modificación radical que aporta el psicoanálisis sobre la clásica relación sujeto/objeto? [...] el psicoanálisis nos habla de las complejas relaciones entre los términos, por las que es impensable la constitución del sujeto sin la acción de la realidad externa [...] ‘en la misma medida que constituye a esa realidad externa desde su subjetividad(...) ambas se constituyen diferenciándose y se diferencian constituyéndose’» (Cfr. *El nacimiento del psicoanálisis...*, op. cit., pp. 353-354). Para la respuesta, Perrés apunta a la idea de “construcción”, a su vez enganchada con el concepto marxista de *praxis*.

³⁸ Cfr. *El nacimiento del psicoanálisis...*, op. cit., pp. 322-338

de las modificaciones operadas en la técnica; pero el salto cualitativo que marca el nacimiento del psicoanálisis y que supone precisamente el encuentro de Freud con su propio inconsciente era insondable por esas únicas vías. A partir de la posibilidad de vislumbrar sus efectos, Freud puede empezar a distinguir nuevos “observables” en sus pacientes y desde ahí generar conceptos nuevos, mediando entre ambos el elemento articulador que es la interpretación. Teoría nuevamente es, por un lado, resultado y consecuencia de sus descubrimientos clínicos; por otro, el origen mismo o la causa de ellos; de ahí el ambiguo y complejo lugar de la teoría en la elaboración freudiana.

En este panorama, la técnica es sólo un momento de aplicación de la teoría y en sí misma carece del peso para posibilitar nuevas teorizaciones; éstas dependen más del plano de la interpretación en la clínica y de la disposición abierta de Freud para aceptar lo inesperado sin afanarse en encasillarlo dentro de lo conocido, a efectos de poder generar nuevas preguntas (actitud permanente que se consolida revolucionariamente en el modelo de la escucha analítica). El método, en cambio, constituye el procedimiento o dispositivo que permite el trabajo analítico –en cuanto posibilita la investigación o el acercamiento al objeto de análisis–, por cuyo desarrollo se avanzará en la generación de la situación transferencial básica para la movilización del inconsciente.

En suma, es en el encuentro doloroso y paulatino de su propio inconsciente –pasando por el descubrimiento de sus propias resistencias– en donde Freud concentra lo inédito. Su sistematización conceptual constituye entonces la especificidad central del psicoanálisis como disciplina científica y debe por

tanto ser contemplada en su epistemología, en el sitio de máxima jerarquización. Originalidad que en otros términos se debe a su simultánea condición de conocimiento objetivo y transferencia, simultaneidad que tiene que ver con la unión de los aspectos factuales y simbólicos, propios de la diada “explicar/comprender”.

Tras este acercamiento introductorio a la problemática epistemológica sobre el estatuto epistémico del psicoanálisis freudiano, por la cual éste se convierte en objeto legítimo de abordaje filosófico, y tras haber hallado el primer efecto esencial del saber analítico en la filosofía por vía de la epistemología; nuestro interés se encamina a recentrar los efectos antropológico-éticos que se provocan a través de la recusación del consciencialismo por parte del psicoanálisis, tradicional fundamento psicológico sobre el que la filosofía se asienta. Al respecto, Freud declara que el psicoanálisis obliga a la filosofía a rectificar su concepción del hombre en cuanto psique.

Nuestro objetivo es mostrar que el descubrimiento freudiano del inconsciente, su constitución en el fundamento de una comprensión del aparato psíquico como estructura general y su sistematización conceptual, abren nuevas perspectivas y problemáticas en este campo filosófico. Particularmente aquellas vinculadas al carácter histórico de la construcción de lo humano, y a sus posibilidades de comprensión y transformación.

II. LA PROPUESTA FREUDIANA DEL APARATO PSIQUICO

1. La metapsicología

En vistas de que la metapsicología condensa lo más propio de las formulaciones teóricas freudianas por las que se construye al psiquismo como objeto de conocimiento, resulta fundamental la comprensión del *sentido* y del *contenido* del término. Tal esclarecimiento –que implica las dimensiones de la genealogía y del aparato categorial en cuanto discurso– apunta a la identidad epistémica del psicoanálisis, tal como Freud lo concibió.

Por *sentido teórico* de la metapsicología entendemos la significación del término, inscrita en una serie de determinaciones que explican la génesis de su especificidad conceptual, sus correlaciones semánticas, y sus intencionalidades. En suma, la exigencia de su elaboración por un objeto que debe constituirse, o más aún, el imperativo de fundación de un nuevo campo epistémico. Mientras que por *contenido teórico* referimos *al modo* de realización de esa exigencia y ese imperativo, por el que se apunta a una definición más o menos precisa del término y a un cuerpo conceptual estructurado desde ella; es decir, a la metapsicología propiamente dicha.

Esta distinción nuevamente nos permitirá fijar las líneas de demarcación de nuestro trabajo. No seguiremos por desbrozar ambos niveles exhaustivamente. Bástenos con sintetizar los ejes de análisis de la propuesta assouniana en las dos direcciones, para abrir sendero rumbo a ese lugar epistémico fundado por Freud. Impórtanos conducir la exposición hacia el planteamiento de los

conceptos convergentes con las teorizaciones freudianas sobre la constitución de la subjetividad humana, la temporalidad del psiquismo y el problema de la historicidad.

En torno al sentido de la metapsicología¹

Assoun propone comenzar por situar el neologismo en el horizonte de la problemática relación entre la dimensión empírica y los principios rectores del emergente psicoanálisis, los que de alguna manera, en su propia expresión, constituyen su parte especulativa². Ello supone elucidar las vinculaciones entre la conciencia epistémica de Freud (su afiliación a las Ciencias de la Naturaleza y su racionalidad científica) y la filosofía (la racionalidad filosófica en general y los sistemas propios de la filosofía de la ciencia dentro de su contemporaneidad histórica, en particular).

La metapsicología se encuentra entre los intersticios de la práctica científica y la especulación filosófica [elaboración filosófica]. La condición mixta de su régimen epistémico se explica por la exigencia explicativa proveniente de la primera —en términos del modelo de la ciencias naturales—; pero también por

¹ Cfr. Freud, *la filosofía y los filósofos*, op. cit., libro primero, cap. III, pp. 70-88

² Para nosotros sería más apropiado hablar de *plataforma teórica*. A lo largo de su exposición, Assoun se refiere a la filosofía desde una postura tradicional por la que suele identificársela con la metafísica, es decir, parece homologar el quehacer filosófico con la especulación, prolongando la propia confusión de Freud al respecto. Por eso las demostraciones de Assoun no violentan el pensamiento y las declaraciones del propio Freud y en cambio ayudan a comprenderlos. A nuestro entender, sin embargo, esta concepción subestima a la filosofía al identificarla con ciertas filosofías particulares. Puesto que no es de nuestro interés entablar una discusión con Assoun, cuanto rescatar lo útil de su propuesta, y en aras de lograr una exposición fluida, preferimos apuntar entre corchetes la expresión *conceptual* que suponemos disipa dicha subestimación de la racionalidad filosófica. Agregamos también alguna acotación adicional, a través del aparato crítico, cuando así se precise. Insistimos en que no creemos que se trate simplemente de una querrela de términos, cuanto de un problema de comprensión conceptual en torno a la especificidad de las disciplinas filosóficas.

el rasgo negativo de ella que impele al quehacer analítico a salir de ese único marco, a saber, la estrechez metodológica fundada en los requisitos empiristas (asentada en hechos y percepción). El psicoanálisis tiene la simultánea exigencia de recurrir a conceptos globales, al modo de hipótesis o de instrumentos heurísticos susceptibles de reformulación, para la descripción de los hechos mismos. Así, aunque apela a la abstracción para superar lo inmediatamente dado por vía de la conceptualización, impugna el formalismo y el proceder apriorístico. Los conceptos, inicialmente convenciones intuitivas, sólo tienen legitimidad por los fenómenos que permiten comprender y su conversión en principios fundamentales se alcanza en la medida en que conquistan objetividad durante el proceso de conocimiento. Lo que parece mero *supuesto*, en realidad es resultado de una elaboración *a posteriori*.

De este modo, por ejemplo, Freud justifica la introducción de la noción central de inconsciente:³ “...el supuesto del inconsciente es *necesario* y es *legítimo*, poseemos numerosas *pruebas* a favor de la existencia de lo inconsciente”. Necesario –y efectivo– porque aporta una ganancia de sentido y coherencia, ya que los datos de la consciencia son en alto grado lagunosos. Legítimo, porque para establecerlo se ha procedido con la rigurosidad científica debida.

Vemos que Assoun cuestiona el matiz especulativo del aparato conceptual metapsicológico, dudando de él como mera expresión de una nueva metafísica en torno al alma, para colorearlo con los tonos de un requisito epistemológico

³ «Lo inconsciente», *Obras completas, op. cit.*, t. XIV, págs. 163 y 165

proveniente de su objeto⁴. Si bien es cierto que Freud encuentra ocasión para liberar su deseo especulativo en la metapsicología [si bien por ésta Freud expresa su proyecto filosófico –una suerte de aspiración a la totalidad sobre el psiquismo humano más allá de la psicopatología y de lo psíquico normal tradicionalmente entendido–], ello supone justo la incorporación unificada de los avances médicos a la investigación psicológica. Así, el paso de la medicina a la psicología, por vía de la filosofía, hace palanca en la especulación [hace palanca en la teoría filosófica] para la consecución de hipótesis operativas que permitan comprender el funcionamiento mental general bajo la noción de cantidad: “una especie de economía de las fuerzas nerviosas”⁵. De este modo, Freud rehuye al empirismo y se opone al racionalismo subjetivista.

En este contexto, la composición del término “**metapsicología**” encuentra su motivo y su coincidencia con el de “**metafísica**”: designa la propuesta de una psicología que para explicar los procesos mentales va más allá de lo psíquico dado –la conciencia–, apelando al fundamento biológico sin reducirlo a él.⁶ Con lo cual se *trasciende* hacia el otro lado de lo consciente, hacia el inconsciente, hacia esa realidad que Assoun tipifica como “transobjetiva”. Metapsicología es pues, en principio, la psicología del inconsciente; una parte de la psicología general, o más aún, el cimiento para toda psicología, en la medida en que se ocupa de lo que constituye el centro mismo de la vida

⁴ Aquí Assoun tiene que reconocer que la necesidad teórica del psicoanálisis freudiano efectivamente no es especulativa. En la metapsicología lo que hay es un esfuerzo teórico por hacer ciencia. Sus vínculos con la filosofía son epistemológicos, no metafísicos.

⁵ Referido por Jones y citado por Assoun en *Freud, la filosofía y los filósofos*, op. cit., p. 77

⁶ En el marco de sus reflexiones, la deducción de Assoun es correcta. Quizá Freud lo haya pensado así también. Pero la génesis del concepto *metapsicología* no tiene que ser necesariamente relativa al concepto *metafísica*. Bastaría tal vez con atender a su sentido etimológico.

psíquica. “Ella es necesaria para proporcionar un lenguaje a esa transobjetividad constituida por los procesos inconscientes”⁷

Lo que debe subrayarse es que esa trascendencia a la que aspira es distinta al tipo de trascendencia alcanzada por la explicación metafísica. De hecho, es un intento científico por superarla. El psicoanálisis, por su trabajo elaborativo en torno al conflicto psíquico, hace que la subjetividad se reapropie de esa objetividad inconsciente que se le aparece como ajena y de los efectos que, por proyección, hubo atribuido a la realidad externa o a una realidad suprasensible. Estrictamente, el análisis es un trabajo de *retransformación*, posible en la medida en que despega desde la misma tendencia a la objetivación propia del psiquismo.

Así, para Assoun, el sentido de la metapsicología la revela al mismo tiempo deudora y detractora de la metafísica. Posición que confirma la fructífera ambivalencia de Freud frente a la filosofía: origen efectivo negado en su realización, tentación superada⁸. La especulación psicoanalítica no se identifica así con la especulación filosófica⁹. Metapsicología es, en suma, psicología de lo metaconsciente, forma de aprehensión propia de este tipo de objetivación que es el modo de funcionamiento psíquico; lenguaje mediador que retraduce el mensaje psíquico, su significado, enriquecido por las objetivaciones metafísicas precedentes; estructura conceptual del

⁷ Freud, *la filosofía y los filósofos*, op. cit., p. 77

⁸ Esta ambigüedad de Freud, entre el rechazo y la tentación filosófica, le viene dada de su confusión con respecto a lo que son la racionalidad y el quehacer filosófico mismos.

⁹ En verdad, nunca ha habido ninguna especulación psicoanalítica, por eso no puede hablarse de identidad alguna con la especulación filosófica. Aún en los textos en los que Freud parece reconocer el mismo su actividad especulativa, por ejemplo en textos como *Tótem y Tabú* y *Más allá del principio del placer*, la cantidad de datos en que se basan sus suposiciones nuevamente se nos asemejan más estrictamente a hipótesis teóricas.

psicoanálisis; objetivación científica de lo psíquico dado, que supera la ilusión de la trascendencia metafísica; construcción no sistémica de un nuevo objeto teórico y por ende de una nueva ciencia, que hace del psicoanálisis por su parte teórica una *psicología de lo profundo*.

En torno al contenido de la metapsicología¹⁰

Hemos visto que el sentido de la metapsicología consiste en la exigencia de fundar un nuevo campo de conocimiento en respuesta a la especificidad del objeto, el inconsciente. Éste, en su acepción psicoanalítica, no tiene efecto sino al ser construido radicalmente como metapsicología, para extraerlo tanto de la posición psicológica como de las concepciones filosóficas tradicionales.

La metapsicología se realiza en una realidad epistémica tridimensional y en una metodología, concretizadas en una definición técnica u operativa y en desarrollo, planteada a partir de ciertos modelos y referentes que la biología, la química y la física le proporcionan¹¹.

La definición más acabada de la metapsicología que suele citarse a este nivel es la presentada por Freud en 1915¹²: “Propongo que cuando consigamos describir un proceso psíquico en sus aspectos *dinámicos, tópicos y económicos* eso se llame una exposición *metapsicológica*”. Metapsicología es, pues, una formulación teórica en triple dirección por la que se despliega la ambición explicativa de Freud, en última instancia como requerimiento desde

¹⁰ Cfr. *Introducción a la epistemología freudiana*, op. cit., especialmente la segunda parte.

¹¹ Véase *supra*, cita 18 del capítulo I, p. 20

¹² «Lo inconsciente», *Obras completas*, op. cit., p. 178

la práctica clínica. Para Freud no es posible una descripción completa de un proceso psíquico sin apreciar los tres puntos de vista.

Por el punto de vista *tópico*, Freud supone una diferenciación del aparato psíquico en cierto número de sistemas o instancias, dotados de características o funciones diferentes y dispuestos en un determinado orden entre sí; lo que permite considerarlos figuradamente como lugares psíquicos y hacerse de ellos una representación espacial.

La *tópica* surge como resultado de los primeros avances teóricos que Freud formula a la luz de sus investigaciones. Sospecha una estructura psíquica con leyes descifrables cuya aclaración puede ofrecer explicación no sólo a los fenómenos de la neurosis, sino también al funcionamiento normal de la psique humana. Y es en sus observaciones clínicas, gracias a los estudios de la histeria por vía de la hipnosis, donde Freud constata la existencia de un estado psíquico diferente del estado consciente, por el que *tópicamente* supone un espacio psíquico separado de la conciencia. Este lugar es el lugar *del* inconsciente.

En principio, según las demostraciones de Assoun, esta hipótesis se forja en íntima vinculación con la práctica de la anatomo-fisiología, por la confianza epistemológica en torno a la posibilidad de objetivar en una materialidad (anatómica) todo fenómeno psíquico humano. De manera que se pretende una localización cerebral de esos sistemas o instancias psíquicas, sobre la factual existencia de diferentes y específicas funcionalidades psíquicas. No obstante, las limitaciones de la ciencia de su época obligan a Freud a renunciar provisionalmente a una teoría anclada solamente en el registro biológico y le

exigen, por otra vía, una explicación operativa que permita volver inteligibles los fenómenos psíquicos.

Hasta aquí, Freud ya ha elaborado lo que llamará “los dos más importantes supuestos del psicoanálisis”¹³: la suposición del aparato psíquico y la suposición de que lo psíquico es en sí inconsciente, del que ya hemos hecho referencia. “Suponemos que la vida anímica es la función de un aparato al que atribuimos ser extenso en el espacio y estar compuesto de varias piezas; nos lo representamos, pues, semejante a un telescopio, a un microscopio, o algo así. Si dejamos de lado cierta aproximación ya ensayada, el despliegue consecuente de esa representación es una novedad científica”. *Aparato* refiere entonces a *especialización, localización*; pero también connota en una significación general *proceso, funcionamiento, conjunto complejo, sistema, máquina, instrumento*. En el lenguaje de la ciencia, el uso del término se vincula a la idea de representación o *modelización científica*: modelo teórico que permite comprender un objeto, haciendo de él un constructo epistémico, para posibilitar representar lo que no se presenta por sí mismo al modo de un hecho empírico dado. Nuevamente, vemos cómo el apelativo hereda un lenguaje cientista, pero en cuanto fenómeno de ciencia designado rebasa lo científico existente.

El registro *dinámico* califica el punto de vista que considera los fenómenos psíquicos como resultantes del conflicto y de la composición de fuerzas ejerciendo un determinado empuje. Estas fuerzas en último término son de origen pulsional, es decir, constituyen un factor energético de motilidad por el que hacen al organismo tender hacia un fin; este fin es la distensión por la

¹³ «Esquema del psicoanálisis», *Obras completas, op. cit.*, t. XXIII, pp. 143-156

descarga energética. El comienzo de la estructuración psíquica se constituye porque un grupo de representaciones son incompatibles con otras, originando la escisión del aparato psíquico en instancias: el conflicto es constitutivo del ser humano en cuanto es inherente a su aparato psíquico, y al mismo tiempo es constituyente de él¹⁴.

En este punto, Assoun demuestra que Freud: 1) vincula la dinámica con la química, tomando específicamente de la energética bioquímica la posibilidad de establecer la substancia química cuyo proceso determina dichas fuerzas; y 2) apela al representacionismo herbartiano a propósito del modelo de desciframiento psíquico, por el cual se considera que todos los fenómenos psíquicos son representaciones o se basan en ellas. La fuerte convicción con que Freud se afilia tempranamente a esta postura a través de Brentano, y así a un tipo de consciencialismo, le deja como secuela una reivindicación del constructo del inconsciente, reconociendo, empero, para su comprensión, la genuina objetivación de sus efectos en representaciones. Así, tanto la conciencia como el inconsciente producen cada uno sus propias representaciones. Pero Freud saca mayor partido de las hipótesis que Herbart hereda a la psicología alemana: la representación es sólo uno de los elementos del proceso psíquico; el otro factor es el *afecto*, éste traduce la

¹⁴ Jean Laplanche y Jean-Bertrand Pontalis hacen notar la circularidad del concepto **conflicto psíquico** citando a Freud y comentándolo: «Nosotros no atribuimos la escisión del psiquismo a una incapacidad innata del aparato psíquico para la síntesis, sino que la explicamos dinámicamente por el conflicto de fuerzas psíquicas opuestas, reconociendo en ella el resultado de una lucha activa entre dos grupos psíquicos entre sí». La 'escisión' que aquí se trata es la existente entre el consciente-preconsciente y el inconsciente, pero, como puede verse, esta distinción 'tópica', en lugar de explicar el trastorno, presupone la existencia de un conflicto psíquico.» [Cfr. *Diccionario de Psicoanálisis* (1968), Barcelona, Labor, 2ª ed., 1971, p. 100]. Sin evadir la problemática a que se apunta, creemos que el planteamiento puede corroborar el modo en que los conceptos metapsicológicos son al mismo tiempo supuestos, como punto de partida, y teorizaciones *a posteriori*, en cuanto punto de llegada en un momento de la investigación.

cantidad de energía pulsional. En otras palabras, el *quantum* de afecto es otro elemento del proceso psíquico que es en su base misma representacional. En sentido estricto, para Herbart las afecciones consisten en relaciones entre representaciones; lo cual implica una dinámica psíquica por la que las afecciones “nacen de una relación de fuerzas interrepresentacional” cuantificable. Así, Assoun descubre en Herbart el peldaño intermedio entre la tópica-anatómica y la económica, en el sitio del registro dinámico: el supuesto descriptivo, estático, de la noción de conflicto que en la tópica explica la oposición entre lugares psíquicos, se dinamiza; y al mismo tiempo, tiende un puente hacia el imperativo de medición de fuerzas que viene dado desde la física.

El enfoque *económico* examina todo lo relacionado con el supuesto de que los procesos psíquicos consisten en la circulación y distribución de una energía cuantificable (energía pulsional), susceptible de aumento, de disminución y de equivalencia. Reposa sobre el principio de la constancia, a saber, la afirmación de que el aparato psíquico tiende a mantener en el nivel más bajo posible la excitación que contiene. Assoun demuestra que dicho principio alude a la formulación de la ley de la conservación de la energía, cuyo lenguaje fue llevado por Helmholtz hacia la fisiología influenciando en forma decisiva a Freud. Éste encontró en aquél una nueva base material dentro el entramado teórico de los fenómenos psíquicos, traducido en su idea del componente energético de los afectos. Por ello, el concepto de pulsión se mantiene en el límite definitorio de lo psíquico y lo somático. La pulsión tiene su fuente en un estado de excitación corporal, por el que mantiene en estado de tensión; su fin es la supresión de dicho estado, y tal fin puede ser alcanzable a través de un objeto.

Tanto la dinámica como la económica, íntimamente vinculadas, son deducidas por Freud a partir de sus primeras investigaciones junto con Breuer. Juntos forjan la idea de una fuerza ligada al síntoma neurótico: en algunos casos éste se resiste a la curación; en otros la cura se acompaña de una descarga energética, la abreacción. Además, en las asociaciones de ideas que ambos solicitan a sus pacientes, ciertos eventos importantes de la historia de los analizandos son evocados con dejo de indiferencia, mientras que otros anodinos toman acentos afectivos sin causa aparente. Freud admite y resignifica la idea de una separación entre la representación y la cantidad de afecto con la que está investida. La cura consiste, por tanto, en el restablecimiento de una conexión olvidada entre la representación reprimida y el afecto que le correspondía en origen.

En suma, estos tres puntos de vista son constitutivos de la metapsicología y permiten la caracterización del aparato psíquico, su estructura y su funcionamiento, tal y como fue concebido por Freud en el horizonte científico de su tiempo: lugares diferentes (tópica), en conflicto entre ellos (dinámica) y utilizando una energía especial cuantificable (económica). Para Assoun, la metapsicología se edifica como respuesta urgente a un objeto que reclama ser construido, a contracorriente de las limitantes explicativas que las ciencias de la naturaleza comprometidas padecen. Por eso habla de ese lugar epistémico fundado por Freud como un intervalo imaginario que explora un espacio transitorio, provisional, originado por el cruce de la tópica, la dinámica y la económica inacabadas.

Dos son las hipótesis que Freud plantea en torno a la estructura del aparato psíquico, según la perspectiva tópica.

2. Los dos modelos del aparato psíquico

Tres sistemas: inconsciente/preconsciente/consciente¹⁵

Hemos dicho que con la hipnosis Freud constata la existencia de un estado psíquico diferente del estado consciente, por el que tópicamente supone un espacio psíquico separado de la conciencia e inaccesible a ella: *el* inconsciente. No obstante, la necesidad de distinguir su contenido, activamente olvidado por el sujeto debido a mecanismos de represión y resistencia, con respecto a otros pensamientos o procesos que aparecen como inabordables de manera inmediata a la conciencia –los recuerdos y los conocimientos, por ejemplo– pero alcanzables mediante un esfuerzo memorístico, hacen suponer a Freud la existencia de otro lugar entre el inconsciente y la conciencia: el preconsciente. Estas tres instancias o sistemas integran así el primer modelo del aparato psíquico.

Como contenido, se considera preconsciente aquello que está presente de forma implícita en la actividad mental sin ser objeto inmediato para la conciencia. Con respecto a ésta, el preconsciente debe distinguirse por su función de almacenamiento de las huellas mnémicas, mientras que es tarea de la conciencia la percepción de las excitaciones provenientes del interior del cuerpo y del mundo externo. Percibir y memorizar son dos funciones que no pueden ser realizadas simultáneamente por una misma instancia, pero que se imbrican de manera compleja y dinámica para vincular la realidad interna con

¹⁵ La mayoría de estas explicaciones son expuestas en el capítulo VII de «La interpretación de los sueños», 1900, considerado como el capítulo metapsicológico de esta obra (en *Obras completas*, *op. cit.*, t. V). Sin embargo, muchas de las concepciones aquí presentadas encuentran sus antecedentes en el «Proyecto de psicología», 1895 (*Ibidem* t. I), y son ratificadas en su ensayo «Lo inconsciente», 1916 (*Ibidem*, t. XIV)

la realidad exterior. De este modo, aunque preconscious e inconsciente son ambos instancias mnésicas fuera de la conciencia (por lo que aquél sólo es parcialmente inconsciente en un sentido descriptivo), el preconscious es asimilado al *yo oficial*.

El *yo* tiene a su cargo la organización coherente de los procesos anímicos de una persona. Su función es adaptativa y está regida por el principio de realidad, a fin de dar sentido de continuidad a la vida: desarrollo de las tareas conscientes, actividad lógica, lenguaje formal, atención, juicio, memoria, trabajo de pensamiento al que le pertenecen las nociones de espacio y tiempo, los accesos a la motilidad y la sustitución de la descarga motriz por una acción encaminada a lograr una transformación adecuada del mundo; así como la puesta en marcha de las represiones y la resistencia.

Estos procesos llevados a cabo por el *yo* en tanto sistemas consciente-preconscious son conocidos como procesos secundarios, y se caracterizan por la ligazón de energía en forma estable a las representaciones. En este sentido, los contenidos de la mente consciente se mantienen limitados, pues no resulta posible pensar en dos cosas simultáneamente.

Por su parte, el sistema inconsciente contiene en su estrato más profundo, por un lado, todo aquello que nunca ha sido consciente –lo instintivo y pulsional–, y de otra parte todo lo que ha sido reprimido desde el comienzo del desarrollo de cada individuo.

Las características más importantes de este sistema pueden sintetizarse como sigue¹⁶:

- a) El inconsciente es muy primitivo, es el aspecto más original de nuestra estructura psíquica, ya que en él están las representaciones de nuestras tendencias biológicas más profundas y primarias. Así,
- b) el núcleo del sistema inconsciente consiste en mociones de deseo, es decir, pulsiones en acto puestas en marcha por una demanda orgánica. El deseo se vincula con la reactualización de una imagen mnémica de una determinada percepción que permanece asociada a la huella mnémica de la excitación resultante de una situación de necesidad satisfecha; la reaparición de la necesidad impele a la recarga de la imagen mnémica de dicha percepción en virtud de esa ligazón. El deseo halla su realización en la reproducción alucinatoria de las percepciones que se han convertido en signos de esta satisfacción. La búsqueda del objeto en la realidad se halla orientada por esta relación con signos, cuya configuración producen la fantasía (correlato del deseo).
- c) En relación a las mociones de deseo, en el inconsciente no existen contradicciones, no hay negación ni duda, ni tampoco grado alguno de seguridad.
- d) Los procesos propios del sistema inconsciente son los procesos llamados primarios, caracterizados por una tendencia a reinvestir

¹⁶ Cfr. «Lo inconsciente», *Obras completas, op. cit.*, t. XIV, p. 183

energéticamente las representaciones reprimidas sobre experiencias de satisfacción originales o primitivas. En el inconsciente, la energía corre libremente de una representación a otra, de modo que puede desplazarse fácilmente entre dos representaciones ligadas entre ellas por un eslabón asociativo; o bien, condensar la de varias representaciones en una sola que las conjugue. Desplazamiento y condensación constituyen los dos mecanismos esenciales para comprender las formaciones inconscientes, como sueños, actos fallidos (lapsus, olvidos, confusiones o distracciones), chistes y síntomas. En este sentido, el inconsciente jamás deja de movilizar sus contenidos y tiene una proclividad a la descarga.

- e) Para el inconsciente no existe el tiempo. El sentido lineal del antes y después no opera en sus contenidos, éstos se mantienen activos indefinidamente y sin alteración temporal hasta que alcanzan cierta concienciación.¹⁷

¹⁷ Las palabras textuales de Freud son: “Los procesos del sistema *Icc* son *atemporales*, es decir, no están ordenados con arreglo al tiempo, no se modifican por el transcurso de este ni, en general, tienen relación alguna con él. También la relación con el tiempo se sigue del trabajo del sistema *Cc*.” [*Ibidem*, p. 184]. Sin embargo, parece que estaríamos autorizados a hablar con mayor precisión de un tipo de temporalidad diferencial a la temporalidad propia del sistema consciente. El propio dinamismo del sistema inconsciente, la idea de movimiento a su interior, nos impide la representación de su atemporalidad. Por otro lado, la idea de atemporalidad, relacionada con la noción de ahistoricidad, complica los nexos de esta presunta condición con la génesis del inconsciente: si el inconsciente y el deseo inconsciente se constituyen históricamente, ¿cómo explicar la sustracción de sus mecanismos a la historia? Cuando explícitamente Freud niega la temporalidad en el párrafo anterior, no obstante, su juicio nos parece recusado por él mismo a través de otras de sus consideraciones, como el concepto de compulsión a la repetición y el retorno de lo reprimido. En este sentido, la temporalidad del inconsciente debe ser entendida como una temporalidad cíclica, repetitiva, y no diacrónica como la propia del sistema consciente. El problema pendiente es elucidar el modo en que ambas temporalidades se imbrican en la historicidad de lo humano.

- f) Los procesos inconscientes son indiferentes a la realidad exterior y lo único que los ordena es el principio del placer-displacer. Hay en ellos sustitución de la realidad exterior por la realidad psíquica, según la cual la realización de un deseo se lleva a cabo en función de reglas completamente distintas de las que operan en el sistema consciente-preconsciente.

Tres instancias: ello-yo-superyó

En 1920, Freud inaugura una nueva fase en sus planteamiento metapsicológicos por los que abre a otra hipótesis sobre los lugares del aparato psíquico, y así una nueva concepción de la constitución de la subjetividad y de la personalidad, por la que hace distinguir tres instancias: *ello, yo, y superyó*.¹⁸

El principal motivo que clásicamente suele invocarse para dar cuenta de este viraje teórico corresponde, en la práctica, a la necesidad de comprender más profundamente al yo y sus mecanismos de defensa –y no tanto ya a elucidar los contenidos inconscientes–, por impedir la coincidencia entre los polos del conflicto defensivo con los sistemas anteriormente establecidos, tal como se sostiene en la primera tópica: lo reprimido con el inconsciente, y el yo con el sistema preconsciente-consciente.

¹⁸ El texto que inaugura este viraje en sus concepciones metapsicológicas es «Más allá del principio del placer», 1920 (*Obras completas, op. cit.*, t. XVIII); La reformulación del esquema tópico es ya aquí esbozado, pero explícitamente aparece por primera vez en el capítulo II de «El yo y el ello», 1923 (*Ibidem*, t. XIX), y es repetido con algunas modificaciones en la «Nuevas Conferencias de introducción al psicoanálisis, “31ª conferencia: La descomposición de la personalidad psíquica», 1932 (*Ibidem*, t. XXII, p. 53)

Ello, *yo* y *superyó* desplazan a los sistemas consciente-preconsciente e inconsciente, sin sustituirlos. Dentro del marco de la segunda tónica, el término inconsciente –que corresponde en el primer modelo a una instancia particular, por lo que discursivamente se sustantiviza– tiene un empleo adjetivado: *lo* inconsciente. Ya no es lo propio de un sistema opuesto a otro distinto; ahora califica a todo el *ello*, a una parte del *yo* y a otra del *superyó*. Por ende, la estructura psíquica se torna compleja. La modificación del concepto de conflicto ha conducido a una modificación tónica.

El lugar que ocupa el *ello* en estas reformulaciones es aproximadamente el equivalente al sistema inconsciente de la primera tónica: constituye el polo pulsional de la personalidad. Sus contenidos –expresión psíquica de las pulsiones–, en parte hereditarios e innatos, en parte reprimidos y adquiridos, son inconscientes. Sin embargo, es más amplio que en la primera tónica porque ahora incluye una parte de lo que fue el *yo*.

El *ello* debe ser entendido como la primera instancia, la originaria, puesto que constituye el reservorio primario de la energía psíquica. Refiere a las tendencias impulsivas (entre ellas, las sexuales y las agresivas) que se vinculan con lo biológico y tienen que ver con el deseo en un sentido primario, contrarias a los frutos de la educación y la cultura. Estas pulsiones exigen su inmediata satisfacción y son experimentadas de forma placentera por el individuo, pero desconocen el principio de realidad y se atienen sólo al principio del placer.

Paulatinamente, bajo la influencia del medio externo, una capa superficial del *ello* se va modificando para dar lugar a la segunda instancia, el *yo*, la cual cobra conciencia para conseguir del mundo real las condiciones de

satisfacción de esas pulsiones básicas. Funciones como la percepción, el pensamiento y el control motor, le permiten adaptarse a las condiciones exteriores reales del mundo social y objetivo. Y en beneficio de la autoconservación, el *yo* aprende a posponer la satisfacción de las pulsiones del *ello* que presionan para su inmediata satisfacción, con lo que se origina la primera tensión. Para defenderse del inmediateismo de las pulsiones del *ello* —y sobretodo de aquellas que aparecen como inaceptables—, el *yo* desarrolla mecanismos psíquicos específicos llamados mecanismos de defensa. El principal de estos mecanismo es la represión: la incompatibilidad de una pulsión con el *yo* es el motivo de su expulsión o desalojo del plano de la conciencia hacia lo inconsciente, y las aspiraciones contrarias, las fuerzas represoras. La aceptación del deseo intolerable o la perduración del conflicto harían surgir un intenso displacer que la represión ahorra, por lo que se revela así como uno de los dispositivos protectores de la personalidad anímica. Entre otros mecanismos de defensa se cuentan la proyección (proceso de adscripción deseos que no se quieren reconocer en uno mismo a otros), la formación reactiva (actitud o hábito psicológico de sentido opuesto a un deseo reprimido y que se ha constituido como reacción contra éste), la negación (desconocimiento de la pertenencia de un deseo), la racionalización (esfuerzo por construir una explicación coherente y aceptable a una manifestación de un deseo intolerable), la sublimación (proceso por el que una pulsión se reconduce hacia un nuevo fin aceptable). Tales mecanismos de defensa se disparan en cuanto la angustia señala el peligro de que las pulsiones incompatibles originales puedan reaparecer en la conciencia.

Una pulsión del *ello* llega a hacerse inadmisible, no sólo como resultado de una necesidad temporal de posponer su satisfacción hasta que las condiciones de la realidad sean más favorables, sino, principalmente, debido a la prohibición que los otros (originalmente los padres) imponen al individuo. El conjunto de estas demandas y prohibiciones constituye el contenido principal de la tercera instancia, el *superyó*, cuya función es controlar al *yo* según las pautas morales. Si las demandas del *superyó* no son atendidas, la persona se sentirá culpable, culpabilidad que también puede manifestarse como angustia y/o vergüenza.

Freud considera que el *superyó* nace a partir de una separación con respecto al *yo*. Una tercera instancia que parece dominarlo por medio del enjuiciamiento crítico. Lo define como la instancia heredera del complejo de Edipo que se constituye por su superación mediante la identificación con la instancia parental y la interiorización de sus demandas y prohibiciones, es decir, de la autoridad y sus normas con objetivo de alcanzar plena integración a la comunidad. Por extensión, el *superyó* se enriquece con las aportaciones ulteriores de las exigencias sociales y culturales haciéndose cada vez más impersonal, deviene portador de la tradición y es transgeneracional. Es parcialmente inconsciente, debido a que hunde sus raíces en el *ello*, al demostrar una fuerza semejante (aunque de signo opuesto) a la de las pulsiones, y puede dar lugar a sentimientos de culpa que no dependan de ninguna transgresión consciente. Sus funciones son la observación de sí (lo que se es), la conciencia moral (lo que se debe hacer) y el ideal del yo (lo que se debe ser).

Freud subraya que este carácter exigente y castigador del *superyó* se explica por un fallo en la calibración de las dificultades del mundo externo. Pese a ser representante de la realidad exterior dentro del psiquismo a través de la introyección de sus normas, la instancia superyoica no incorpora fidedignamente ni por completo su legalidad, por estar vinculada a la actividad fantasmática.

El *yo*, instancia mediadora entre las demandas del *ello*, las exigencias del *superyó* y del mundo exterior, puede no tener el poder suficiente para conciliar estas fuerzas en conflicto. Aún más, la instancia yoica puede coartarse en su desarrollo al ser atrapada en sus primeros conflictos, denominados fijaciones o complejos, pudiendo volverse hacia modos de funcionamiento primarios en el desarrollo psíquico y hacia modos de satisfacción infantiles. Proceso que Freud enuncia como regresión.

Las formaciones inconscientes –a través de los cuales se expresa la tensión al interior del aparato psíquico– son también una manera de evidenciar los avatares del *yo* en sus esfuerzos por mantener su integridad mediante un control limitado en el conflicto psíquico. En ellas, el *ello* logra la satisfacción de su deseo inconsciente mediante una formación de compromiso con el *yo*, por medio de la cual se consigue una realización *disfrazada* del contenido intolerable ahora irreconocible al *yo*, con eje en los procesos primarios de desplazamiento y condensación, que facilita cierto repliegue de los mecanismos defensivos yoicos. Pero en algunos casos, como ocurre en el desarrollo de ciertos síntomas, el precio para el *yo* de ese precario control es un dolor considerable que puede agudizarse progresivamente. El síntoma, en

cuanto representante disimulado de lo reprimido y protegido frente a los embates de las fuerza defensivas del *yo*, amenaza con devenir en un padecimiento interminable.

En este sentido, la enfermedad nunca es producida llanamente por la irrupción de un agente hostil de la realidad objetiva, sino por *el modo* en que ese agente ha sido inscripto en la estructura de la realidad psíquica y su puesta en juego dentro del conflicto; es decir, por su significación psíquica. Estrictamente, toda enfermedad es conflicto pero no todo conflicto es enfermedad. Éste es el fundamento dinámico de la condición humana estructuralmente escindida. Pero en la enfermedad el conflicto se ha volcado en *crisis*, amenazando la reproducción del sujeto. Así, podemos definir a la enfermedad como un complejo de síntomas resultante de una radicalización del desequilibrio de fuerzas entre los elementos de ese conflicto ahora evidenciado. En palabras del propio Freud:

[Los neuróticos] no poseen un contenido psíquico propio que no se encuentre también en los sanos, [...] enferman a raíz de los mismos complejos con que luchamos también los sanos. Depende de constelaciones cuantitativas, de las relaciones entre las fuerzas en recíproca pugna, que la lucha lleve a la salud, a la neurosis o a un hiperrendimiento compensador.¹⁹

Para Freud, a diferencia de la medicina, el síntoma no es sólo signo, sino fundamentalmente *símbolo*. Es decir, no responde sólo a una cadena causal, sino que halla su explicación a través de una serie de asociaciones significativas, múltiples, esclarecedoras del sentido del conflicto que

¹⁹ «Cinco conferencias sobre psicoanálisis, V», *Obras completas, op. cit.*, t. XI, p. 46 y 47

contiene. Por ello el desciframiento del mensaje simbolizado es la clave de la experiencia analítica.

En general, el símbolo nos hace saber que la palabra en el hombre es algo que implica la dimensión del acto. Gracias al símbolo, el cachorro *homo sapiens* existe y se asienta como humano; debido a él se realizan alianzas, intercambios y prohibiciones entre los hombres que se reconocen en términos de parentesco. Se configuran así sus relaciones con la realidad y el complejo de sus instituciones. El símbolo es, pues, instituyente.

Tras esta digresión, se entiende cómo la enfermedad se convierte en una estructura de lenguaje con una racionalidad propia dada desde el inconsciente, que pide ser atendida y traducida –escuchada– a través de la interpretación. En otras palabras, la enfermedad es una simbolización que compromete dolorosamente al cuerpo, una tramitación inadecuada del conflicto promovida por el desequilibrio entre fuerzas, causando un sufrimiento tal que el individuo queda impedido al libre despliegue de sus capacidades y posibilidades para disfrutar de su existencia.

La condición básica de los estados *patológicos* consiste, entonces, en un debilitamiento relativo o absoluto del *yo*, que le obstaculiza cumplir con sus funciones²⁰. El *yo* ya no es el protagonista de su acción. De aquí la tradicional denominación del enfermo por parte de la medicina como *paciente* (objeto de

²⁰ En el artículo «Neurosis y psicosis» (1923-1924) Freud afirma que la neurosis es resultado de un conflicto intrapsíquico entre el *yo* y el *ello*, y que la psicosis es el producto de un conflicto entre el *yo* y el mundo exterior. Sin embargo, en un artículo posterior por el que intenta corregir a aquél otro, denominado «La pérdida de la realidad en la psicosis y en la neurosis» (1924), Freud reconsidera la génesis de ambas enfermedades como una rebelión del *ello* contra la realidad exterior, su incapacidad para adaptarse a los apremios del mundo objetivo, debido a una falla del *yo*. [Cfr. *Ibidem.*, t. XIX, pp. 151-159 y 189-197, respectivamente.]

pasión o pasividad). Por ejemplo, el carácter repetitivo del síntoma sin aparente intervención del sujeto. Sin embargo, el psicoanálisis ha precisado que la subordinación al padecimiento es más o menos activa: dado que el sujeto carece de otra posibilidad para expresar de otra forma el conflicto, se aferra al síntoma. Así, la enfermedad representa un intento por parte del sujeto de balancear la desproporción de fuerzas y por ese camino un sacrificio para salvaguardar su humanidad. Ya que el cumplimiento inmediato de la pulsión –satisfacción sin transformación– amenaza con el resquebrajamiento total de su socialidad, el sujeto activa por mediación la producción del síntoma y de la enfermedad ahí en donde la sublimación no ha sido posible.²¹

Una reparación de aquel trámite inadecuado debe posibilitar la cura. Este proceso implica un trabajo de reapropiación por parte del *yo* de esas funciones a través de su mismo fortalecimiento. Pero toda la serie de tensiones establecidas entre los distintos sistemas de la persona compone un conjunto de fijaciones que le permiten una cierta adaptación del sujeto a la enfermedad, en forma incluso de ventaja para ésta. De manera que el gran obstáculo para el *tratamiento* (para una *nueva tramitación* del conflicto) supone la ruptura que el propio enfermo ha de entablar con su estado actual y su angustia ante la

²¹ Tanto en la neurosis como en la psicosis, el objetivo inicial es evitar una condenación de la realidad externa ante el deseo incompatible y amenazante. En la neurosis, el *yo* despliega una gran cantidad de energía para luchar contra la irrupción de la moción pulsional en nombre de la realidad; mientras que en la psicosis hay desde el comienzo un apartamiento del *yo* con respecto de la realidad para defenderse anticipadamente del rechazo por parte de ésta. Sin embargo, en ambos casos lo que pretendía evitarse no se consigue: el *ello* se sobrepone rebelándose de continuo. Así, el *yo* acepta el síntoma. En verdad, éste expresa un esfuerzo por mantener al sujeto dentro de su socialidad, pero tanto en la neurosis como en la psicosis la cuota de dolor para el *yo* va acompañada por cierta pérdida de realidad. En la neurosis hay una huida parcial del *yo* respecto de ella. En la psicosis se ocasiona una relación imposible con lo social-objetivo por haber sido sustituido por una realidad privada alucinatoria en compensación de la separación total inicial del *yo* respecto del mundo externo. En esta segunda fase, la locura aparece paradójicamente como un pujo desesperado por reconciliarse con los otros. Tanto en la neurosis como en la psicosis, verbalizar el sufrimiento, encontrar palabras para expresarlo desde el lenguaje colectivo, supone una posibilidad de curación.

expectativa de una situación inédita. Freud escribe con respecto a esta ganancia de la enfermedad:

A los enfermos, su padecer les procura cierta satisfacción, de suerte que en verdad todos se muestran parcialmente renuentes a sanar [...] ²²

Así, Freud indica que para la cura no es suficiente la mera catarsis, sino el análisis y el vencimiento de las resistencias. En el síntoma puede hallarse, junto a los rasgos de deformación, un residuo analógico con la idea primitivamente reprimida que tiende a reaparecer. Los caminos seguidos por la génesis del producto sustitutivo se revelan durante el tratamiento psicoanalítico del enfermo, y para la curación es necesario que el síntoma sea conocido de nuevo y por los mismos caminos, hasta la idea reprimida. Una vez reintegrado lo reprimido a la actividad anímica consciente, el conflicto psíquico que así queda reestablecido y que el enfermo quiso evitarse con la primera represión, puede hallar, bajo la guía del analista, un mejor desenlace.

Esta participación del enfermo en su propio proceso de enfermedad y curación impiden registrarlo como paciente. El psicoanálisis retribuye al sujeto enfermo el saber *de su* propio inconsciente al reconocerlo como *analizando*, al tiempo que borra el sitio privilegiado del médico, el *analista*, quien le auxilia a través de su saber *sobre* el inconsciente.

Según Freud, existen varias tramitaciones adecuadas que ponen un término satisfactorio al conflicto y a la enfermedad²³: 1) el convencimiento del

²² «A propósito de un caso de neurosis obsesiva (“El Hombre de las ratas”)), *Obras completas, op. cit.*, t. X, p. 145

analizando del innecesario rechazo del deseo patógeno; 2) la satisfacción mediada a través de la reconducción del deseo hacia una meta superior socialmente aceptada y reconocida, llamada sublimación o 3) la justificación de su desestimación, pero sustituyendo el mecanismo automático e insuficiente de la represión por una condenación ejecutada bajo dominio consciente. En casos individuales, tales soluciones pueden muy bien ser combinadas unas con otras. Robustecer al *yo* significa entonces incrementar el poder de la conciencia, del saber sobre sí misma, lo que sólo puede hacerse mediante la ampliación de su campo de percepción, tanto interna como externa. Al término del análisis, el *yo* habrá desarrollado la capacidad de convertirse a sí mismo en objeto de reflexión, en un objeto de realidad. Sin embargo, el mérito de Freud no radica en haber dilucidado esta capacidad autoreflexiva del *yo*, sino la serie de vectores del *ello* y del *superyó* que se interfieren para la visión que se tiene de esa realidad.

Las siguientes, son palabras de Freud en relación a estos empeños terapéuticos del psicoanálisis:

Su propósito es fortalecer al yo, hacerlo más independiente del superyó, ensanchar su campo de percepción y ampliar su organización de manera que pueda apropiarse de nuevos fragmentos del ello. Donde Ello era, Yo debo devenir. Es un trabajo de cultura [...] ²⁴

Esta caracterización de la actividad psíquica como intrínsecamente conflictuada define al vivir—incluso en lo cotidiano común— como un *esfuerzo*

²³ Cfr. «Cinco conferencias sobre psicoanálisis, II», *Ibidem*, t. XI, p. 24

²⁴ «Nuevas Conferencias de introducción al psicoanálisis, “31ª conferencia: La descomposición de la personalidad psíquica”», *Ibidem*, t. XXII, p. 74

y, en este sentido, a la salud como el producto de una conquista permanente de equilibrios inestables en el devenir de la historia de cada hombre. Freud escribe casi textualmente: Llamamos normal o “sana” a una conducta que no desmiente la realidad, pero que se empeña en modificarla en el intento de sustituir la realidad indeseada por otra más acorde al deseo. Esta conducta adecuada a fines, normal, lleva naturalmente a efectuar un **trabajo** que opere sobre el mundo exterior.²⁵

Freud suspende la ruptura ontológica entre salud y enfermedad. La unidad del sujeto –una unidad diferenciada desde el comienzo– en el estado patológico se mantiene debido a que el defase ocurre solamente en el terreno económico, como un desequilibrio cuantitativo establecido por el tipo de relaciones de fuerzas. Por ende, la merma cualitativa en la calidad de vida de un enfermo es correlativa a la pérdida de enormes montos de energía que el sujeto invierte en sostener el conflicto, originalmente destinadas a la acción, y de ninguna manera supondría una degradación ontológica de lo humano. El psiquismo no es en principio una feliz estructura en perfecto equilibrio, por donde la disfunción se explicaría como la corrupción de ese orden preexistente.

El estado de felicidad plena no viene dado en el corazón del hombre. Las experiencias de dolor y sufrimiento atraviesan al sujeto desde el comienzo de la vida constituyéndolo.

²⁵ Cfr. «La pérdida de la realidad en la psicosis y en la neurosis», *Ibidem*, t. XIX, p. 195 (el subrayado en nuestro)

Freud escribe al respecto de estos temas:²⁶

¿Qué es lo que los seres humanos mismos dejan discernir, por su conducta, como fin y propósito de su vida? ¿Qué es lo que exigen de ella, lo que en ella quieren alcanzar? No es difícil acertar con la respuesta: quieren alcanzar la dicha, conseguir la felicidad y mantenerla [...]

Ya nuestra constitución, pues, limita nuestras posibilidades de dicha. Mucho menos difícil es que lleguemos a experimentar desdicha. Desde tres lados amenaza el sufrimiento: desde el cuerpo propio, [...] desde el mundo exterior, [...] desde los vínculos con otros seres humanos.

Entonces, luego del nacimiento, el ser humano tiene que enfrentar duelos, “elegir” mecanismos de defensa y componer su realidad vincular. Es de esta historia que el psicoanalista trata de forjar una nueva versión sin sustituir la historia singular por una universal. Ello siempre que el sufrimiento haya topado niveles que propicien la demanda de la ayuda terapéutica.

²⁶ «El malestar en la cultura», *Ibidem*, t. XXI, p. 76

III. IMPLICACIONES FILOSÓFICAS DEL DESCUBRIMIENTO FREUDIANO DEL INCONSCIENTE

1. La historicidad en el núcleo de la constitución subjetiva

De acuerdo con el capítulo anterior, lo importante por destacar es que ambos modelos teóricos del aparato psíquico, en realidad complementarios, constituyen una conceptualización sobre el funcionamiento y la estructura del psiquismo abierta a la tematización de la historicidad del hombre. Freud demuestra la historia individual como un proceso global que puede ser comprendido en su generalidad, con miras a la elucidación de las tendencias y del sentido de la vida de cada sujeto. Con la tópica, el psicoanálisis espacializa el psiquismo para dejar de referirlo como ente metafísico. Con la dinámica reconoce la historización o temporalización, al considerar el proceso de constitución de la subjetividad humana como un devenir complejo en el que interactúan factores externos e internos, materiales e ideales: Mientras que con la económica objetiviza la fuente de la acción capaz de cualificarse.

Las teorizaciones freudianas contravienen a la noción de una estructura psíquica homogénea y cerrada sobre sí misma, aislada o yuxtapuesta a las determinaciones objetivas. El *yo* no es más una intuición inmediata, sino algo conformado progresivamente y dado sólo al cabo de un proceso conflictual, obligado a convivir con lo ajeno en su morada. *El* o *lo* inconsciente no es para Freud una nueva esencia, ni el *sujeto del inconsciente* un sustrato equivalente a *la* subjetividad, aunque sea su núcleo duro. Ésta se presenta como una

unidad diferenciada a través de una interiorización de lo exterior, causante de un distanciamiento o escisión históricos en el seno del propio sujeto por los que emergen sus elementos constitutivos. El inconsciente es sobre todo el espacio de la memoria; en ese sentido, aunque la temporalidad corresponde al ámbito de la conciencia, aquél se constituye en el sujeto de la matriz temporal. A la base, estamos ante un replanteamiento de la concepción tradicional de la memoria, entendida como secuencia de inscripción-almacenamiento-reevocación. Freud descubre que la memoria es un sistema múltiple de huellas que se reactualizan y se retraducen unas a otras en las diversas instancias, de manera que la verdad histórica se construye partiendo de las inscripciones del pasado conservado, pero a través de permanentes simbolizaciones que actualizan o modifican el contenido original. En este sentido, el *yo* no puede prescindir de este reservorio mnémico y autoabastecerse. Las determinaciones inconscientes están en la génesis de todo pensamiento y sostienen la posibilidad misma de pensar, atraviesan todo el campo de la acción, algunas de cuyas manifestaciones son las formaciones inconscientes, muchas de ellas como fenómenos de repetición.

El significado de las formaciones inconscientes no responde simplistamente a un simbolismo universal con una significación en sí mismo. Por tanto, no puede ser interpretado sino en el contexto de las asociaciones del individuo. Pero la interpretación está sujeta a un esquema explicativo, sustentado en las estructuración y funcionamiento universal del aparato psíquico.

La historia vivencial consiste, pues, en la lucha y las articulaciones de las diversas instancias psíquicas, cuyas configuraciones permiten el enmarcamiento de lo singular-particular dentro de lo general a través de la

conceptuación del aparato psíquico. Así, Freud encuentra que en la estructura del psiquismo el dispositivo motor es la contradicción. Contradicción entre lo somático y lo psíquico, entre lo interno y lo externo, entre la fantasía y la realidad, entre el pasado y el presente, entre lo antiguo y lo nuevo, entre lo dado y lo creado, entre lo instintual/pulsional y lo cultural; en última instancia, contradicción viva entre la naturaleza y lo social, cuyas diversas manifestaciones forjan la realidad humana.

Propiamente hablando, el sujeto no *es*, se *hace*. Ni siquiera el cuerpo en él es algo absolutamente dado. El cuerpo no es naturaleza interna autosubsistente, no es objetividad mecánica, sino objetividad subjetiva, objetividad finalística. Atravesado por el lenguaje, en el cuerpo se subvierte el orden de la naturaleza a través de lo simbólico. El hombre, en tanto sujeto humano, es aquel proceso de mediaciones por el cual y en el cual lo natural se integra a lo cultural, sin llegar jamás a inmovilizarse.¹

Freud nos encamina, pues, hacia una concepción del hombre lejana a las definiciones positivistas y esencialistas. Rechazando cualquier sustancialidad del ser, lo mismo que la sustancialidad de la razón, decanta en una perspectiva inmanentista abierta a la historia.

¹ Basten dos ejemplos: 1) la sexualidad humana no puede ser igualada a la genitalidad, como producto de un apareamiento instintivo; antes bien, ella es expresión de la actividad pulsional, y por ende, no puede ser concebida sino como previamente mediada por la cultura. Y 2) el aparato perceptual no es fundamentalmente un aparato biológico, la percepción es una interpretación que realiza el aparato psíquico de las sensaciones físicas captadas por nuestros órganos sensoriales. Esta manera de concebir la corporalidad constituye una de las causas del rechazo de las ideas freudianas por parte de la medicina.

Los planteamientos más importantes que envuelven sus fecundas contribuciones al campo de la historicidad pueden sintetizarse como sigue:

- 1) El aparato psíquico es una estructura general que se constituye gradualmente en cada individuo. Su configuración particular obedece al contenido específico de diversos factores: los factores predisponentes (lo constitucional biológico –incluido lo genético y lo congénito), la historia infantil y la historia vital pos-edípica, por un lado, y el factor desencadenante, de otra parte, particularmente en el caso de una formación psicopatogénica. Y de manera fundamental por el atravesamiento del psiquismo por los factores socio-culturales, es decir, por el intrincamiento de la historia individual con la historia colectiva.
- 2) La existencia del individuo es una historización permanente e interesa captarla en su movimiento, en sus núcleos de tensión. Su comprensión *a posteriori* no puede realizarse al margen de dichos factores.
- 3) La relación realidad/fantasía es fundante de la subjetividad. El campo simbólico de la realidad humana es una selva virgen *antes* de su historia, una estructura vacía de contenido. La historia vital es permanente historización simbolizante. En ella se privilegia la función del(los) lenguaje(s).
- 4) El reconocimiento de la *otredad* en las redes de constitución subjetiva: la identificación con la ley en el caso de la formación del *superyó*; la identificación con los otros en la formación del *yo*; la desposesión de la

representación del objeto de deseo primigenio a cambio de otra nueva representación. La dialéctica *intrasubjetiva* es esencialmente dialéctica *intersubjetiva*. Cada sujeto humano individual emerge continuamente de su socialidad. Por ello Freud declara: “En la vida anímica del individuo, el otro cuenta, con total regularidad, como modelo, como objeto, como auxiliar y como enemigo, y por eso desde el comienzo mismo la psicología individual es simultáneamente psicología social”². Desde el punto de vista psicoanalítico, la distinción absoluta entre psicología individual y psicología social es un falso problema. Sólo haría falta profundizar en las formas en que ambas se relacionan, así como el establecimiento de los límites del campo específico de cada una de ellas.

- 5) Estos mecanismos identificatorios propios del psiquismo simultáneamente explican que cada sujeto no está en una posición privilegiada para proceder sobre sí mismo en la comprensión y en la transformación de sus conflictos. De ahí el papel del analista y la importancia de la movilización de la transferencia en beneficio del análisis, como mecanismo propio del acontecer humano.

- 6) El conocimiento es un producto social inmerso en un proceso histórico. La tarea del análisis de hacer consciente lo inconsciente no es un proceso introspectivo para exhumar *la* verdad petrificada del sujeto, sino un trabajo compartido de comunicación y resignificación de la propia novela familiar que privilegia a la escucha y el poder curativo de la palabra creativa para la mejor y más satisfactoria realización del

² «Psicología de masas y análisis del yo», *Obras completas, op. cit.*, t. XVIII, p. 67

deseo inconsciente. Este es un camino para rescatar de la alienación a ese poder de objetivación propio del aparato psíquico.

Este encuentro entre psicoanálisis e historia nos remite al inicio de nuestras reflexiones, ancladas en una perspectiva que considera a la *historia* como un proceso vivo en devenir, proceso de producción de lo real por el que se totaliza la experiencia humana; y a la *Historia*, en el orden del conocimiento, como la teorización de ese complejo de contradicciones objetivo-subjetivas de cara a su transformación. Sin hacerlo explícitamente, Freud se instala en estas concepciones para la elucidación del devenir individual de los sujetos. En efecto, cada historia singular sintetiza la experiencia universal de la humanidad re-produciéndola: síntesis ontogenética y filogenética, es al mismo tiempo una realidad vivencial única; y en cuanto elaboración reflexiva, el objetivo del psicoanálisis es paralelamente hacer disciplina consciente de tales procesos conflictivos con el fin de su reconfiguración.

Se trata pues de la dialéctica entre lo universal y lo particular. Historia de todos los hombres y no únicamente de los grandes personajes. Historia en movimiento, historia de las transformaciones, y no historia estática. Historia explicativa, conceptualizante, y no sólo crónica acerca de los acontecimientos pasados. Historia interpretativa, y no sólo historiográfica. Historia como producción de significados y no sólo como vehículo narrativo para la transmisión de una información preexistente. Historia heterodoxa, y no historia oficial. Historia de encadenamientos y rupturas. Ni historia teleológica de fines sucesivos, ni historia fragmentaria de periodos y épocas.

Entonces, se precisa negar, por un lado, a la historia como secuencia lineal, acumulativa, fundamentalmente progresiva, en tanto despliegue de una potencia superior que se manifiesta en lo actual, por donde el presente es apariencia de lo nuevo (explicitación de lo antiguo) y el futuro, a su vez, un eterno retorno de lo mismo. Por otro, a la historia como instante perenne, en la que lo antiguo cae en el no-ser porque el presente lo cancela, es decir, una historia que se instala en lo actual desalojando todo registro anterior.

La historia es conjunto de tendencias abiertas hacia el porvenir, y una Historia que historiza, que no aliena y no petrifica, necesita de una labor crítica para escapar de ambas concepciones. Un puro pasado que se prolonga (absoluta continuidad, pura identidad) o un puro presente que inunda la totalidad de lo dado (absoluta ruptura, pura diferencia) son dos formas de anular la dialéctica propia de la operación historiadora.

Esta dialéctica fundamental entre continuidad y discontinuidad intrínseca a la concepción de historicidad se corrobora también desde la propia perspectiva psicoanalítica. Según Freud, para comprender una historia individual o colectiva no basta asirse a una estructura o esencia inmutable del psiquismo ni sirve un inventario completo de acontecimientos psíquicos aislados o aleatorios, sino conjugar lo que permanece y lo que cambia en ella. Fuera de esa articulación, la unidad, la autoconciencia y la organización de sus tendencias no se consolidan, en virtud de que dicha historia sigue siendo una realización enajenada de una esencia dada, o bien una función disgregada sometida a la fragmentación y a la subalternidad.

El psicoanálisis, en cuanto método de investigación, se propone hallar principios y criterios con los cuales sean asequibles los nexos entre las diferencias y las continuidades, entre las disposiciones de lo actual y las configuraciones antiguas; dar valor explicativo al pasado y hacer del presente una oportunidad para incidir no sólo en el porvenir, sino para inscribir también una nueva memoria.

Entonces, con una auténtica vocación por el tiempo, desde *esta* concepción, Historia y psicoanálisis freudiano comparten un interés orgánico por la tríada temporaria pasado-presente-futuro. Y en esta coincidencia, ambos se plantean de manera privilegiada el reto de comprender de qué manera la subjetividad aparece como el lugar donde la dialéctica histórica que le es intrínseca, al mismo tiempo que la produce, puede también interrumpir su proceso de devenir.

Para el psicoanálisis, en vinculación con su principal descubrimiento –el(lo) inconsciente, matriz de la temporalidad, núcleo de la memoria–, la clave se halla en la noción de repetición en la medida en que la compulsión a la repetición constituye el *impasse* en la historización: lo reprimido (lo incomprendido) intenta retornar al presente, a través de las formaciones del inconsciente hasta encontrar solución y liberación. La pérdida del pasado supone una realidad opaca: una existencia sin herencias ni futuro. La ausencia de memoria señala la dificultad de conservar y la de innovar y, por tanto, la imposibilidad de añadir algo propio al mundo, de crear sentido. Así, es indispensable destacar la especificidad del tiempo del(de lo) inconsciente, esa temporalidad circular tan diferente al tiempo de la biografía, como la forma de temporalidad esencial que el trabajo psicoanalítico se propone subvertir. Para

Freud, no hay tránsito hacia el porvenir si no se comprende la racionalidad subyacente a la conciencia racional que pretende guiar la proyección del sujeto.

Lo importante del análisis es rescatar toda la historia perdida (historia del conflicto pulsional perteneciente a la etapa infantil), es decir, llenar las lagunas mnémicas para completar cadenas de sentido, lo cual supone el vencimiento de las resistencias. La interpretación ha de concentrarse en la comprensión de estos mecanismos, y no en el discurso consciente, por el descubrimiento de que se dice más en lo que se calla, o más propiamente, en lo que se cifra en otro lenguaje, en el lenguaje del deseo. Lo asumido como secundario, lo desechable, lo aparentemente irrelevante es aquí fundamental. La idea es la traducción de ese lenguaje del deseo al lenguaje de la conciencia para que ésta se reapropie de su mensaje, y en conjunto hacer uso del discurso del inconsciente con vistas a dotar de un nuevo sentido a la trama de la existencia.

Hacer uso de un discurso tiene que ver con volver vigente aquello que ha sido tematizado a través suyo, porque dicho contenido así lo está reclamando; es decir, es actualizar su memoria sin reeditarla llanamente. Las relecturas implican siempre la construcción de un significado del pasado a la luz de los nuevos proyectos. Ayudar en esa tarea de transformación es la razón de la teoría y su correlato técnico. De manera que en el trabajo de teorizar no se trata nunca de la fiel reproducción de los *hechos*; fielmente no se pueden reproducir jamás en su totalidad, en ese sentido la materialidad es, en efecto, “nouménica”, inalcanzable.

Lo residual-reprimido o los resquicios inconscientes en última instancia inaccesibles desde la conciencia, se igualan a los puntos ciegos de la historia social que resultan “irrecuperables” a la fe historiográfica, son la “cosa en sí” en términos kantianos. Sin embargo, ello no impide una interpretación global del discurso del inconsciente, en cuanto éste es construido como objeto de conocimiento.

En los comienzos de una terapia lo que se escucha es la “historia oficial”. Pero desde las primeras sesiones esa historia es confrontada con aquella que el psicoanalista ayuda a construir a partir de las formaciones de compromiso. Los testimonios del pasado son los síntomas, las transferencias, las repeticiones, las formaciones caracterológicas, los sueños y también los recuerdos. Entonces se interroga por las causas posibles de esas elecciones, de esas perturbaciones, de esas inhibiciones, de ese sufrimiento que el analizando dice sentir, y se les interpreta. Interpretaciones y construcciones le permiten al analizando apropiarse de un fragmento de la historia de su pasado libidinal y reconstruir su sentido con el fin de ponerlo al servicio de su proyecto de vida presente. Así se integran los dos tipos de temporalidades del psiquismo: por un lado, se reconoce que el pasado no sólo influye sino que es determinante del tiempo actual; pero por otra parte, sobre la capacidad de “retroactividad” del inconsciente se explota la posibilidad de que el pasado cobre sentidos cambiantes con posteridad, en la medida en que él mismo es siempre resignificado desde el presente. Freud encuentra, pues, que hay una construcción permanente del pasado y no sólo un padecimiento de sus efectos. Este descubrimiento integrado a la ciencia del psicoanálisis especifica de manera importante su identidad epistémica:

el psicoanálisis sería una ciencia en la que resulta posible lo imposible en otras ciencias: *la reversibilidad del tiempo. Hacer experiencia del pasado y no recuerdo resignifica el presente*. Es decir, modifica la percepción del presente y con ello nuestro destino. *Una experiencia actual del pasado produce una cascada reestructurante [...] de nuestro psiquismo al modificar la raíz de dicha estructura.*³

El problema del determinismo psíquico: ¿destino o libertad?

En apariencia, contra esta lectura del psicoanálisis freudiano, cuyo acento está puesto en la historicidad del psiquismo, en frecuentes ocasiones encontramos alusiones del propio Freud al determinismo psíquico. Según sus análisis, todos los casos clínicos llevan al juicio de un determinismo inconsciente que rige la vida consciente:

Resurgen así importantes interrogantes: ¿cuál es la eficacia y la perdurabilidad concreta del pasado en el presente?, ¿es la infancia destino o potencialidad?, ¿lo nuevo constituye una ilusión engañosa o es creación efectiva?, ¿es el aparato psíquico un sistema autoorganizador?, ¿el ser humano no es más que un autómatas desprovisto de toda libertad?, ¿el presente determina enteramente el futuro?, ¿qué significa historizar en la terapéutica psicoanalítica? Analicemos la cuestión.

Por determinismo solemos entender⁴: 1) “la acción condicionadora o necesaria de una causa o de un grupo de causas”; de esta concepción se infiere que

³ Salamonovitz W. Alejandro: *Del silencio a la palabra*, Círculo Psicoanalítico Mexicano, México, 1999, p. 95

⁴ Abbagnano, Nicola: *Diccionario de filosofía* (1961), F.C.E., México, 3ª ed. 2003, p. 312

cierto tipo de relaciones en un área de la realidad funcionan bajo un régimen de naturaleza causal o condicional. Y 2) “la doctrina que reconoce la *universalidad* del principio causal y que, por tanto, admite también la determinación necesaria de las acciones humanas”, en esta acepción más amplia, se sostiene la necesidad causal en el mundo en general y en el hombre en particular, digamos, un tipo de *cosmovisión científica*.

En realidad, esta teoría del determinismo no se presenta muy elaborada en los escritos de Freud⁵. Sin embargo, sabiendo su evitación a que el psicoanálisis –defendido por él como ciencia de la naturaleza– caiga en las tentaciones de cualquier clase de *cosmovisión*⁶, podemos apuntar a que el determinismo por él referido está fraguado en el primer sentido del término. Así escribe: “no hay en lo psíquico nada que sea producto de un libre albedrío, que no obedezca a un determinismo”⁷.

No debe perderse de vista además que la oposición “ciencia *versus* *cosmovisión*” pertenece a ciertos paradigmas de cientificidad y se configura de modos diversos de acuerdo con las determinaciones específicas de cada uno de ellos. En el caso del positivismo, la relación en teoría por lo general es excluyente. Ahora bien, hemos visto que si Freud se afana en incorporar al psicoanálisis dentro de las ciencias de la naturaleza es porque éstas constituyen *el* modelo de cientificidad de su contemporaneidad teórica; así, interesado en ceñirse a sus principios científicos, se ve impelido también a

⁵ «Psicopatología de la vida cotidiana» (1901), último capítulo teórico. *Obras completas, op. cit.*, t. VI, es donde se encuentra más ampliamente desarrollado.

⁶ Esta tesis fue sostenida por Freud en diferentes oportunidades. Especialmente, *cfr.* «Nuevas Conferencias de introducción al psicoanálisis, “35 conferencia: En torno de una *cosmovisión*”» (1932), *Ibidem*, t. XXII, p. 146

⁷ *Ibidem* «Psicopatología de la vida cotidiana» (1901), último capítulo teórico. t. VI, p.

rechazar todo tipo de cosmovisiones. No obstante, Freud no mantiene este recelo sin una actitud crítica, amparándose en sus propios argumentos. Para él, la ciencia es el único resguardo posible para el hombre que se atreve a prescindir de Dios y de la ilusión religiosa. Únicamente el trabajo científico puede acercarnos al desciframiento de la realidad (objetiva y subjetiva, externa e interna). Sin embargo, no puede pedírsele al pensar científico, como a la religión, cosmovisiones en las que todo vacío de sentido quede llenado por fórmulas absolutas reguladoras de un supuesto orden pre-existente. Si acaso fuera lícito hablar de una cosmovisión científica, habría de concebírsela diferente a las cosmovisiones religiosas o filosóficas ya que, por más que se pueda pensar en la unicidad de la explicación del mundo, la misma sólo puede ser entendida como aspiración, y así como plan diferido en los quehaceres científicos del lejano futuro. La ciencia avanza lentamente debiendo limitarse a explicaciones muy parciales y muy circunscriptas de la realidad. Por lo tanto, una ciencia particular no puede osar hacer ciencia de la totalidad. Escribe Freud:

Entiendo, pues, que una cosmovisión es una construcción intelectual que soluciona de manera unitaria todos los problemas de nuestra existencia a partir de una hipótesis suprema; dentro de ella, por tanto, ninguna cuestión permanece abierta y todo lo que recaba nuestro interés halla su lugar preciso.⁸

Y en otro lugar, refiriéndose al carácter del psicoanálisis como ciencia empírica:

⁸ «Nuevas Conferencias de introducción al psicoanálisis, “35 conferencia: En torno de una cosmovisión”», *Ibidem*, t. XXII, p. 146

El psicoanálisis no es un sistema como los filosóficos, que parten de algunos conceptos básicos definidos con precisión y procuran apresar con ellos el universo todo, tras lo cual ya no resta espacio para nuevos descubrimientos y mejores intelecciones. Más bien adhiere a los hechos de su campo de trabajo, procura resolver los problemas inmediatos de la observación, sigue tanteando en la experiencia, siempre inacabado y siempre dispuesto a corregir o variar sus doctrinas. Lo mismo que la química o la física, soporta que sus conceptos máximos no sean claros, que sus premisas sean provisionales, y espera del trabajo futuro su mejor precisión.⁹

Entonces, para Freud, quien ha pretendido hacer del psicoanálisis una teoría científica en torno a un objeto específico como lo es el psiquismo, es suficiente mostrar que los actos psíquicos atribuidos al azar o al libre albedrío obedecen a mecanismos inconscientes. Pero al hacerlo, Freud cree responder además al esquema causalista heredado por su contemporaneidad científica. Dicha creencia no hace sino expresar esta confianza profunda en el conocimiento científico y su rechazo por la modalidad de producción teórica metafísica.

No obstante, ante la inédita *epistemología freudiana*, que excede en mucho el tipo de racionalidad positivista y por la cual se ha abierto una nueva forma de científicidad, tal confianza exige ser refrendada desde otro punto. Sus conclusiones provienen de esa original fusión ya mencionada entre los hasta entonces antagónicos métodos de comprensión y explicación, por donde la labor hermenéutica ha sido acreditada como un tipo de trabajo explicativo.¹⁰

⁹ «Dos artículos de enciclopedia: “Psicoanálisis” y “Teoría de la libido”», *Ibidem*, t. XVIII p. 249

¹⁰ Véase *supra*, cap. I, p. 32 y 33

Creer en el determinismo es creer, en el fondo, que todo tiene manera de ser sometido a interpretación; esto por una suerte de “compulsión a asociar” propia del psiquismo¹¹. El aparato psíquico posee una legalidad, pero la experiencia analítica demuestra que bajo sus reglas el hombre proyecta sus fines: el imperioso afán en la *real-ización* de deseos concretos, es decir, la estructura intencional del proceder humano. Pero Freud, en un desafortunado empeño, llama determinista a este tipo de relación por la cual se establece una conexión entre varios factores simultáneos con sentidos múltiples:

el psicoanalista se distingue por una creencia particularmente rigurosa en el determinismo de la vida anímica. Para él no hay en las exteriorizaciones psíquicas nada insignificante, nada capricho o contingente; espera hallar una motivación suficiente aun donde no se suele plantear tal exigencia. Y todavía más: está preparado para descubrir una *motivación múltiple* del mismo efecto anímico, mientras que nuestra necesidad de encontrar las causas, que se supone innata, se declara satisfecha con una única causa.¹²

Así, cuando el deseo permanece ignorado en su *sentido* más original, su irrupción constante lo hace devenir como ajeno y como dirigido hacia un desenlace necesario. Por eso, la compulsión a la repetición lleva siempre al sujeto a la experiencia de fracaso en la realización satisfactoria de este deseo no *reconocido*, y así a la creencia en un destino fatal del que él es víctima.

En este punto, la noción de destino en psicoanálisis adquiere, presumiblemente, una acepción más o menos precisa: destino es la denominación con que se pretende dar cuenta de aquellos desórdenes,

¹¹ «Estudios sobre la histeria», *Obras completas, op. cit.*, t. II p. 89-90

¹² «Cinco conferencias sobre psicoanálisis, III», *Ibidem*, t. XI, p. 33

confrontados con la capacidades de entendimiento y transformación subjetivas. Para Freud, hay destino en la medida en que persiste el desconocimiento de las motivaciones inconscientes y así de su conexión con las acciones presentes.

El destino, ese poder exterior que parece fijar de manera irrevocable el curso de los eventos, ya no se admite como designio de una entidad divina; tampoco es conveniente atribuirlo a una ley ontológica universal que todo lo gobierna. Destino es en realidad la *posibilidad* de derrota como herida abierta en el sujeto, cohabitante de su voluntad, en cuanto él es también sujeto del inconsciente.

El objetivo del análisis se planta en la otra cara de esa posibilidad: la interpretación para el esclarecimiento del *sentido* de esa finalidad desiderativa, inscrita en el seno de la psique, para rescatar al deseo como propio.

Así, el supuesto “determinismo” planteado por Freud deriva en un reconocimiento honesto del riesgo permanente de una recaída de los procesos individuales en círculos eternos: para evitar justamente la conversión de la vida en destino –la ineluctable repetición del orden existente, o la imperiosa realización del inconsciente hipostasiado en esencia o *naturaleza*– es necesario comprender la lógica de su movimiento. Es decir, una comprensión del dinamismo inconsciente como sobredeterminante de la acción consciente.

Aquí encontramos un sugerente paralelismo entre la repetición compulsiva y la reproducción enajenada, producto ambas de la pérdida del propio poder de la subjetividad para asumir la parte de destino que tiene entre sus manos.

Freud nos propone, pues, una mirada del futuro atendiendo a sus dimensiones históricas. Para que el porvenir no quede atrapado en la repetición, en una reincidente vuelta al pasado, Freud emprende la comprensión científica de la legalidad del psiquismo para descifrar el lugar de la memoria y redimensionar su contenido como el reservorio de experiencias que brindan materia para la construcción de vivencias nuevas.

En su artículo «Recordar, repetir y reelaborar»¹³, Freud expone las tres etapas fundamentales del proceso terapéutico, según el modelo teórico de la cura psicoanalítica: recuerdo, repetición transferencial y trabajo elaborativo. En él, Freud considera una relación dialéctica entre el repetir y el recordar. El método de asociación libre, a diferencia de la hipnosis, se basa ya no tanto en la reproducción por vía del recuerdo –inducido por sugestión–, sino por la de la acción; “El analizado no *recuerda*, en general, nada de lo olvidado y reprimido, sino que lo *actúa*.”¹⁴ La frecuente intensificación de los síntomas por un cierto periodo del tratamiento, y en general lo ahí *actuado*, fungen como representantes de lo reprimido, ésta es la manera de recordar del enfermo. Se presenta también un acrecentamiento de las respuestas defensivas, es decir, la evidenciación de las resistencias y así la posibilidad de descifrarlas.

Sin embargo, el proceso terapéutico se propone retener en lo posible todo impulso motor *antes* del procesamiento consciente de sus intencionalidades. *Reproducir* en un ámbito psíquico es su meta, es decir, tramitar mediante el

¹³ *Obras completas, op. cit.*, t. XII, p. 145

¹⁴ *Ibidem*, p. 152

trabajo del recuerdo algo que el analizando preferiría descargar por medio de una acción.

En este sentido, el papel de la ligazón transferencial es nuevamente decisiva: cuando ella se ha establecido y se la ha sabido conducir, el tratamiento consigue refrenar en el enfermo todas las acciones de repetición más significativas y ponerlas al servicio la labor terapéutica.

El manejo de la transferencia es así el principal recurso para dominar la compulsión a la repetición y transformarla en un motivo para recordar. Reconociendo en cierto modo sus derechos a ser tolerada y dejándola actuar libremente en el ámbito clínico –cual foro de expresión para lo diverso– el analista consigue hacerla inofensiva y hasta útil: ella escenifica todo el pulsionar patógeno oculto en la vida anímica del enfermo, de tal manera que un nuevo significado para los síntomas se hace posible. El analista se convierte en representante de todos los otros que han sido una referencia identificatoria; ahí inicia una nueva etapa por la que se sustituye la neurosis normal por una neurosis de transferencia. Este nuevo estado continua acogiendo caracteres de la enfermedad, pero constituye una enfermedad artificial, asequible por doquiera a la intervención terapéutica. Al mismo tiempo, es también un trozo de vida real-objetiva, pero provisorio y posibilitado por circunstancias especialmente favorables. De las reacciones de la repetición que surgen en la transferencia parten luego los caminos para la evocación de los recuerdos, los cuales surgen sin esfuerzo aparente una vez vencidas las resistencias.

El que no recuerde repitiendo y verbalizando se condena a reeditar una y otra vez los conflictos del pasado. La reelaboración o trabajo elaborativo es una repetición, pero modificada por la interpretación: consiste en una repetición diferente lograda por la resignificación de las representaciones-objeto, es decir, implica una reestructuración del complejo de significaciones.

En síntesis, *historizar la repetición para sustraerla del porvenir es convertirla en recuerdo resignificado*. Es integrar al tiempo de la conciencia la temporalidad cíclica de lo inconsciente. Esto se consigue en una lucha constante por la que el analizando va aceptando la singularidad de su historia y descubriendo que sus sentidos reinantes están influenciados por los privilegios que ha concedido a tal o cual representación del objeto, a tal o cual montaje fantasmático (simbólico), a tal o cual referencia identificatoria y a tal o cual forma de compensación narcisística.

Según esta descripción, el psicoanálisis no se propone la curación. O mejor dicho, la curación psicoanalítica debe ser distinta de la concepción médica para que pueda ser rescatada dentro del objetivo de la terapia. La cura en medicina pretende a toda costa el borramiento del síntoma sin interrogarlo, por considerarlo una realidad aparental cuya verdad está en otra parte. Pero si para Freud el síntoma es lo inconsciente que resurge a través del cuerpo, en el nivel de la cura psicoanalítica se lo atiende como un fragmento de verdad, con un poder actual y efectivo; por ende, ignorarlo o pretender eliminarlo es equivalente a aspirar a una especie de borramiento criminal de la memoria¹⁵.

¹⁵ Elisabeth Roudinesco apunta: "El medicamento responde siempre, sea cual sea la duración de la prescripción, a una situación de crisis, a un estado sintomático. Que se trate de angustia, de agitación, de melancolía, o de simple ansiedad, hará falta primero de tratar la huella visible del mal, luego borrarla y, finalmente, evitar buscar la causa de manera de orientar al paciente hacia una

La historización no se propone la tarea imposible de vaciar el(lo) inconsciente; sino resignificar lo que produce conflicto recordando, repitiendo y reelaborando: comprender para crear las condiciones mediante las cuales los enfermos, al domeñar su infancia, pueden renacer concibiendo una nueva palabra. Verbalizar el sufrimiento, encontrar palabras para expresarlo, posibilita la curación. Es decir, su objetivo es fomentar la instauración de un nuevo discurso del inconsciente que favorezca una mejor y más digna realización del deseo en formas cada vez menos dolorosas, por donde la desaparición, aplacamiento o moderación del síntoma suele presentarse como una ganancia adicional.

Ya que el vivir no es sino el desarrollo continuo de ciertas contradicciones fundamentales, la transformación de la vida implica la asunción y reestructuración mismas de ese complejo de contradicciones, con el fin de cambiar elecciones, la práctica material y las posibilidades hacia el porvenir de modo reflexivo. Contra un destino fatalmente dado, la terapia ofrece virar tendencias al transformar el enfoque de lo vivido. Al resignificar la causa pasada, la serie de asociaciones múltiples cambia; y en virtud de la trama, se reúnen fines, causas y azares en una nueva unidad de una acción total y completa.

nueva posición cada vez menos conflictiva y, por tanto, cada vez más depresiva. En lugar de las pasiones, la calma; en lugar del deseo, la ausencia de deseo; en lugar del sujeto, la nada; en lugar de la historia, el fin de la historia. El sanitario moderno –psicólogo, psiquiatra, enfermero o médico– ya no tiene tiempo para ocuparse de la larga duración del psiquismo, pues, en la sociedad liberal depresiva, su tiempo está contado.” (en *¿Por qué el psicoanálisis?*, *op cit.*, p. 35). Por su parte, a este respecto, Alejandro Salamonovitz considera que la ética del psicoanálisis está comprometida, contra este acallamiento del síntoma, con una ética del *bien decir*, o sea, asume el compromiso por la transformación del texto del síntoma a un lenguaje menos doloroso (*Del silencio a la palabra*, *op. cit.*, p. 14)

Es cierto que todo tratamiento analítico debe iniciarse por una *demanda*, y que casi toda demanda toma la forma de una *demanda terapéutica* por parte del enfermo. En la apreciación general, este tipo de demandas son avaladas –por sustitución– desde la medicina, ya que ésta suele promover la imagen de un médico todopoderoso, poseedor de la verdad oculta tras el síntoma; o desde la psicología, desde un modelo paradigmático de tipo social sobre lo que es la salud y la normalidad, según lo cual el terapeuta facilita la readaptación del enfermo a dicho patrón; o por la difusión de una idea distorsionada sobre el psicoanálisis según la cual éste es capaz de interpretarlo todo. De hecho, es de sentido común que el deseo de curación sea lo que empuje al enfermo a asumir el riesgo de confrontarse con su propio dolor y su propia angustia. Y desde el punto de vista del terapeuta, aunque su objetivo explícito –así trazado por Freud– es lograr hacer consciente lo inconsciente en el analizando, en el fondo, el analista también comparte este deseo de curación.

Nuevamente, contra la visión de la medicina, lo que está en juego es el cuestionamiento de la concepción misma de causalidad. A nuestro modo de entender, aceptarla como irrefutable al interior de las elaboraciones teóricas freudianas derrapa en una inconsistencia en detrimento de la práctica terapéutica. Para el psicoanalista ésta se torna absurda si se asume desde el comienzo el determinismo psíquico, es decir, la denegación de al menos la posibilidad de escapar a la repetición. En su lugar, lo que nos parece indispensable es una confianza en cierta legalidad intrínseca al aparato psíquico que garantice un mínimo de teoría. Dicha confianza de hecho se asienta en la transferencia. La legalidad de todo proceso curativo tiene que seguir los propios pasos de la transferencia. Ella misma es sólo una pieza de la repetición, y la repetición es la transferencia del pasado olvidado. En la

terapia, los fenómenos de transferencia atestiguan la exigencia del conflicto reprimido de actualizarse en la relación con el analista.

Pero ni el analista es ajeno a todo empeño de curación, ni tampoco monopoliza con relación al analizando el lugar del saber y del poder de curar, tal como lo hace el médico. Si el analista cae en peligrosos enfoques deterministas corre el riesgo de funcionar como una nueva figura superyoica. Despojar al sujeto de su historia o dictaminarle sentidos definitivos es consustancial a la alineación.

La iniciación del tratamiento es un trabajo compartido en el cual las referencias teóricas sólo sirven para reconocer la singularidad de la historia y de la actualización de su inconsciente. La terapia es una oportunidad para cuestionar la ilusión de un sistema interpretativo prefabricado con una modalidad de interrogación única con respecto al sentido de tales síntomas, tales inhibiciones, tales angustias, tales repeticiones. Es decir, la escucha y la interpretación psicoanalíticas no deben restringirse a una disciplina de intelección rígida que devenga en racionalización, como apoyada en un saber preestablecido desde el cual se tendría la clave con recursos apriorísticos. Antes bien, la meta es poner en marcha y preservar una actividad de interpretación abierta. Se exige del analista en cada sesión, no una mente virgen, neutra, despojada de toda referencia teórica y vivencial; pero sí una mente libre para captar, mediante la escucha, el carácter único y no predecible de cada proceso.

El hecho de interpretar excede al encuentro entre dos inconscientes. Incluye la actividad de pensamiento del psicoanalista, su toma de consciencia vinculada

tanto a *su* propia problemática inconsciente como a su saber teórico *sobre* el inconsciente. Y por regla fundamental, se trata de conceder un sitio en el lugar del saber al propio analizando: cuando es invitado a asociar libremente, se asume que él posee asimismo un saber sobre *su* propio inconsciente.

En última instancia, el lugar del saber está situado en la intersubjetividad, como un espacio colectivo de producción creativa. En efecto, el eje de la cura de la experiencia analítica, en cuanto experiencia discursiva, es epistemológica. Por donde la dimensión clínica, ámbito de resignificación, es ámbito de producción de conocimiento. Este aspecto conforma esencialmente la misma especificidad del psicoanálisis y sustenta otra forma de su condición revolucionaria: al refundar lo que no se sabe que se sabe, el saber emerge como un poder de acción.

A modo de síntesis, convocamos las siguientes palabras de Élisabeth Roudinesco:

El sujeto freudiano es un sujeto libre, dotado de razón, pero cuya razón vacila en el interior de sí misma. Es de su palabra y de sus actos, y no de su conciencia alienada que podrá surgir el horizonte de su propia curación. Este sujeto no es el autómatas de los psicólogos, ni el individuo cerebro-espal de los fisiólogos, ni el sonámbulo de los hipnotizadores, ni el animal étnico de los teóricos de la raza y la herencia. Es un ser hablante, más capaz de analizar la significación de los sueños que de mirarlos como la huella de una memoria genética. Sin duda, recibe sus límites de una determinación fisiológica, química, biológica, pero también de un inconsciente concebido en términos de universalidad y de singularidad.¹⁶

¹⁶ *¿Por qué el psicoanálisis?, op. cit., p. 57*

2. La revolución freudiana

Si definimos el término *revolución* dentro del campo del saber –retomando los importantes aportes de Thomas Kuhn– como un cambio de paradigma, es decir, una transformación en el marco de pensamiento, en el conjunto de representaciones o en el modelo específico propios de una época a partir de los cuales se construye la reflexión, a estas alturas de nuestras reflexiones no hace falta mucho para argumentar que Freud opera una importante revolución dentro de la medicina y la psicología. Sin embargo, al concebir al psicoanálisis freudiano como una teoría y una práctica historizantes, la revolución de Freud no se limita a una revolución epistemológica común. La dimensión histórica siempre rebasa la dimensión epistemológica por cuanto es en la historia en donde se hallan las claves de la génesis y la transformación de lo real, de la producción y reproducción de la objetividad y la subjetividad, que incluye el hacer cognoscitivo pero lo excede¹⁷.

Y continuando con las concepciones kuhnianas, ello sería además rigurosamente cierto debido a que cualquier cambio de paradigma epistémico produce transformaciones que afectan tanto a la ciencia como a la visión que se tenga del mundo, y en alguna medida al mundo mismo¹⁸. Kuhn lo subraya con particular énfasis al analizar los virajes en las concepciones del mundo inducidas por cambios en los grandes paradigmas científicos de la física-astronomía. A este respecto, interesa reconsiderar el sitio que el propio Freud asigna a sus descubrimientos en la historia de la ciencia, a fin de ahondar en los juicios de evaluación en cuanto a los alcances del psicoanálisis.

¹⁷ Rivadeo, Ana María: *Epistemología y política en Kant*, UNAM-Acatlán, México, 1987, p. 180.

¹⁸ Kuhn, Thomas S. *La estructura de las revoluciones científicas*, F.C.E., México, 1975. Cfr. especialmente el capítulo X, “Las revoluciones como cambio de concepto del mundo”, pp. 176-212

Para 1917, Freud presenta paladinamente su valoración entorno a la intervención del psicoanálisis en el ámbito del saber¹⁹. Al descubrir el inconsciente y constatar la resistencia que provoca su reconocimiento, se considera como la punta de lanza de la tercera revolución conceptual –siempre con alcances en la esfera práctica, reconoce– que el hombre –la humanidad– ha experimentado sobre la idea de sí mismo, al modo de una herida narcisística universal. Bien señala, las dos revoluciones anteriores son efecto de las elaboraciones teóricas de Nicolai Copérnico, por un lado, y Charles Darwin, por otro; fundadores de la astronomía y de la historia natural modernas, respectivamente.

La revolución copernicana se inscribe en el marco de los avances científicos desarrollados durante los siglos XVI y XVII, por los que se modifica esencialmente la concepción que el hombre tenía hasta entonces del universo. Según el almagesto ptolemaico, cuya tesis principal convenía a la escolástica medieval y su dogma cristiano, la Tierra –sede del hombre quien habría sido creado a imagen y semejanza de Dios– ocupa el centro del universo, sitio privilegiado desde el cual aquél puede saberse legítimo dueño y señor de todo cuanto existe, en tanto designatario de los poderes trascendentes. Contra esta visión del mundo, el sistema copernicano avanza en la demostración de la movilidad de la Tierra y la estabilidad del Sol, continuada por los aportes de Tycho Brache, Johanes Kepler y Galileo Galilei.

Así, la revolución copernicana es la primera de estas afrentas al amor propio de la humanidad: la *ofensa cosmológica*, el abandono de la concepción teo(geo)céntrica por el helio(ego)centrismo, cuya debacle inicialmente

¹⁹ «Una dificultad del psicoanálisis», *Obras Completas, op. cit.*, t. XVII, p. 133 y sigs.

impedía sospechar, empero, sus promisorios efectos: el imperio del pensamiento racional y de la nueva ciencia, es decir, la concepción inmanentista de lo real, desde la que el hombre es recentrado.

La revolución darviniana, por su parte, encierra la *ofensa biológica* al proponer una continuidad filogenética por la que el ser humano comparte un antepasado común a otros primates. Desde otro lugar es renegada la creación divina del hombre, como ser para quien fue creada el resto de la naturaleza. Su procedencia se halla en un punto del proceso evolutivo de la escala zoológica, emparentada más próximamente a unas especies y más lejanamente a otras, pero finalmente regida bajo las mismas leyes de selección y adaptación de la vida animal: el hombre es parte del mundo natural. De este modo se combate el antropocentrismo posicionado con la revolución anterior.

La especie humana se afirmaba distinta y por encima del reino animal, pero Darwin, a través de los biología del siglo XIX, diluye la diferencia específica por la que Aristóteles había construido la definición esencial del hombre y a la que la modernidad se había venido aferrando, ya no en tanto cualidad, para sobreponerse al imperio de la naturaleza ignorando su género.

La revolución freudiana, análoga a la copernicana y darviniana, es, empero, aún más profunda. Se trata de una *ofensa psicológica*, pues infringe la soberanía de la conciencia, tenida hasta entonces como la realidad psíquica misma. Freud comprueba que no es la conciencia la que determina y causa el pensamiento, el lenguaje y el comportamiento humanos, sino que es el inconsciente el verdadero núcleo del psiquismo, dentro del cual la conciencia es sólo un elemento más y relativamente de menor importancia.

Indudable heredero de la modernidad, sin embargo, las conclusiones del psicoanálisis asestan contra ella en lo que constituye sin duda su más férreo pilar: la lógica de la razón como la única racionalidad con que el hombre ha gobernado el mundo y construido su cultura. Freud demuestra la existencia de una racionalidad del(de lo) inconsciente que vertebra la racionalidad de la conciencia y toda su producción civilizatoria: lo cultural no es más que un retoño sublimado de(de lo) inconsciente.

Esta contradicción, sin embargo, es vista por Freud no como una traición, sino como un homenaje a la ciencia moderna —la ciencia de su época, la ciencia positiva— de la cual se considera su fiel discípulo: él es tributario del derrumbamiento crítico de cualquier tipo de ilusiones tan perjudiciales a la objetividad científica (“el delirio antropista de grandeza”)²⁰ y refrenda el ideal combativo contra la ignorancia, en cuanto ésta sostiene todas las formas de opresión hacia el ser humano (la obsolescencia del desconocimiento de la fuerza de lo extraño en sí, es decir, la pulsión)²¹. En este sentido, el psicoanálisis está animado por un ideal de liberación.

²⁰ Expresión de Haeckel, citada por Assoun. Haeckel crea el término *antropismo* para denominar el complejo de representaciones erróneas (la “ilusión fundamental”) por las que el hombre se sitúa a sí mismo en oposición con el resto de la naturaleza; incluye las nociones de antropocentrismo, antropomorfismo y antropolatría. Haeckel opone a este antropismo su *monismo*, el cual constituye, a decir de él mismo, desde una perspectiva cosmológica “la concepción unitaria de toda la naturaleza”, en la que el hombre está incluido. *Cfr. Introducción a la epistemología freudiana, op. cit.*, págs. 196 y 197

²¹ De acuerdo con Kant, el lema de la Ilustración es “atreverse a conocer”. En palabras textuales: “*La ilustración es la liberación del hombre de su culpable incapacidad. La incapacidad significa la imposibilidad de servirse de su inteligencia sin la guía de otro. Esta incapacidad es culpable porque su causa no reside en la falta de inteligencia sino de decisión y valor para servirse por sí mismo de ella sin la tutela de otro. ¡Sapere aude! ¡Ten el valor de servirte de tu propia razón!:* he aquí el lema de la ilustración”. Herrea Ibáñez, Alejandro (compilador): *Antología del Renacimiento a la Ilustración*, “¿Qué es la Ilustración?”, UNAM, México, 1972, p. 409

Pero contra esta característica propia del pensamiento moderno, el psicoanálisis contraría la búsqueda de nuevas cosmovisiones. En efecto, la autoevaluación de Freud presume de escapar a cualquier cosmovisión (doctrina, o fundamento de una visión del mundo y del hombre), sustrayéndose a lo que significaría una transgresión hacia las ciencias positivas. Assoun ratifica este juicio por parte de Freud y explica el modo en que lo consigue a pesar de que tanto las teorías de Copérnico como las de Darwin tienen derivas doctrinarias. Rastreado la genealogía de lo que él llama “la parábola copérnico-darwiniana”, Assoun demuestra que Freud –situado en el marco del efervescente movimiento científicista inspirado en las ciencias de la naturaleza en la segunda mitad del siglo XIX– retoma un esquema de explicación forjado temática y terminológicamente por su contemporaneidad teórica, en el que el monismo haeckeliano es un referente cultural y científico obligado; por ende, su recuperación al interior de la teoría psicoanalítica no es indicativo irrefutable de su uso discursivo en tanto cosmovisión.

En verdad, nuevamente Assoun llega a una conclusión adecuada. Sin embargo, lo hace a riesgo de reducir la problemática “cientificidad *VS* cosmovisión”, dentro de los límites que el propio Freud demuestra al respecto. Respetando el criterio de Freud a través de la oposición ciencia-racionalidad filosófica, Assoun encuentra que el psicoanálisis se salva de la producción de cosmovisiones, como oponiendo la científicidad a la especulación. Sin embargo, ello es así porque en efecto Freud no teoriza con el objetivo de hacer ciencia de la totalidad; en cuanto ciencia particular, no puede ser, por tanto, una cosmovisión. Sin embargo, desde una perspectiva menos estrecha que no empate cosmovisión = ciencia de la totalidad, sino desde otra más cercana a la

kuhniana que permita el matiz de *visión del mundo*, difícilmente podríamos admitir que la revolución freudiana no incluya una visión de la totalidad y que sus efectos no hayan alcanzado profundas transformaciones en la manera de pensar y de existir de los hombres.

La revolución freudiana es una revolución eminentemente intelectual. La concepción actual del conocimiento y del hombre no sería tal si el psicoanálisis freudiano no hubiese sido fundado. Los teóricos y los prácticos de las ciencias del hombre son todos, en siquiera alguna medida, beneficiarios de la herencia freudiana. Quizá todos podrían poner en tela de juicio esa herencia conceptual, pero seguramente lo que ya no se hace admisible es ignorarla. Ya en vida, el propio Freud calculaba los efectos y las aplicaciones del psicoanálisis en cuanto teoría psicológica. Extensamente, citamos palabras de Freud:

La apreciación del psicoanálisis quedaría incompleta si se omitiera comunicar que es la única entre las disciplinas médicas que mantiene los vínculos más amplios con las ciencias del espíritu y está en vías de obtener, para la historia de las religiones y de la cultura, un valor semejante al que ya posee para la psiquiatría. Esto podría maravillar se si creyera que por su origen no tuvo otra meta que comprender síntomas neuróticos e influir en ellos: pero no es difícil indicar el lugar que en que se echaron los puentes hacia las ciencias del espíritu. Cuando el análisis de los sueños permitió entender los procesos anímicos inconscientes y mostró que los mecanismos creadores de los síntomas patológicos se encontraban activos también en la vida anímica normal, el psicoanálisis devino *psicología de lo profundo* y, como tal, susceptible de aplicarse a las ciencias del espíritu; así pudo resolver buen número de cuestiones ante las cuales debía detenerse inerte la psicología escolar de la conciencia. Desde temprano se establecieron los

vínculos con la *filogénesis* humana. Se advirtió que a menudo la función patológica no es más que una *regresión* a un estadio anterior del desarrollo normal. Carl G. Jung fue el primero en señalar la sorprendente concordancia entre las desenfadadas fantasías de los enfermos de *demencia precoz* y las formaciones de mitos de los pueblos primitivos; el autor de este artículo llamó la atención sobre el hecho de que las mociones de deseo que componen el complejo de Edipo presentan una completa coincidencia de contenido con las dos prohibiciones principales del *totemismo* (no matar al antepasado y no desposar mujer de la estirpe a que se pertenece); y extrajo de ahí vastas inferencias. El valor del complejo de Edipo empezó a crecer en medida gigantesca; se vislumbró que el régimen político, la eticidad, el derecho y la religión habían nacido en la época primordial de la humanidad como una forma reactiva frente al complejo de Edipo. Otto Rank arrojó clara luz sobre la mitología e historia de la literatura aplicando las ideas psicoanalíticas, y Theodor Reik hizo lo propio en el campo de la historia de las costumbres y las religiones; el padre Oscar Pfister (Zurich) despertó el interés de los pastores de almas y maestros e hizo comprender el valor de los puntos de vista psicoanalíticos para la pedagogía: no es este el lugar apropiado para seguir detallando tales aplicaciones del psicoanálisis; baste observar que su extensión no se alcanza a ver todavía.²²

Así, la fundación del psicoanálisis como una nueva disciplina particular ha ido penetrando paulatina y profundamente en todos los ámbitos y las esferas de la cultura occidental, revolucionándola en forma definitiva e irreversible. Por ello, a nuestro modo de entender, además de ser una revolución

²² De «Dos artículos de enciclopedia: “Psicoanálisis” y “Teoría de la libido”», *Obras completas*, *op. cit.*, t. XVIII p. 248

epistemológica, Freud produce una auténtica revolución en la existencia misma, que alcanza pues a la vida práctica.

En su seno, nos parece que Freud consigue además comprender una parte esencial de la lógica de estructuración de las cosmovisiones, o bien, de la correlativa construcción ideológica en la producción objetiva. Sin renegar del valor de verdad de las enajenaciones, inversiones y mistificaciones, o en general de la actividad imaginativa, examina con qué se corresponden todas ellas en la constitución de la subjetividad al relacionar la acción fantasmática con las operaciones psíquicas; así, los sujetos se encuentran en la posibilidad de calibrar su mundo. Por ello, Freud contribuyó ampliamente, a lo largo de todo el siglo XX, en la emancipación y en la invención de nuevas formas de libertad y de acceso a ella:

Es justamente porque puso la subjetividad en el corazón de su dispositivo que Freud llegó a conceptuar una determinación (inconsciente) que obliga al sujeto a no mirarse más como el amo del mundo, sino como una conciencia de sí exterior a la espiral de las causalidades mecánicas.

En este sentido, la teoría freudiana es la heredera del romanticismo y de una filosofía de la libertad crítica que proviene de Kant y de la Ilustración: porque es la única –y se opone en esto también a todas las que provienen de la fisiología (inconsciente cerebral), de la biología (inconsciente hereditario) y de la psicología (automatismo mental)– en instaurar la primacía de un sujeto habitado por la *conciencia de su propio inconsciente*, o incluso por la *conciencia propia expropiación*. Dicho de otra manera, el sujeto freudiano sólo es posible porque piensa la existencia de su inconsciente: lo *propio* de su inconsciente. Del mismo modo, sólo es libre porque acepta el desafío de esta libertad apremiante y porque reconstruye su significación.

Así, el psicoanálisis es la única doctrina psicológica de fines del siglo XIX que asoció una filosofía de la libertad a una teoría del psiquismo. Es en alguna medida una avanzada de la civilización contra la barbarie.²³

²³ Roudinesco, Élisabeth: *¿Por qué el psicoanálisis?*, op. cit., p. 58

CONCLUSIONES

En las reflexiones precedentes hemos apuntado al sentido por el cual toda la elaboración freudiana se encuentra efectivamente atravesada –en mayor o menor grado– por una preocupación cientista. La prehistoria, el nacimiento y el desarrollo del psicoanálisis freudiano se hallan sobredeterminados por la concepción positivista del siglo XIX que permea toda formulación teórica de la época. Sin embargo, hemos intentado mostrar también, desde nuestra particular forma de encarar el aspecto epistemológico de su constitución como un nuevo campo de saber, la forma en que dicha concepción debió ser necesaria y al menos parcialmente superada. Ello para lograr fundar un nuevo objeto de conocimiento, así como una teoría y una práctica inéditas en torno a él, cuya especificidad merece ser mayormente clarificada. El resultado ha sido una denegación de las lecturas positivistas y empiristas del psicoanálisis, por exacerbar la importancia de los descubrimientos clínicos –nivel empírico– y de sus “observaciones” en la supuesta formulación de hipótesis de diversos alcances, previas a la consecución de la teoría verificada en los pacientes de Freud; por todo lo cual el psicoanálisis en tanto disciplina científica se afirma como la sola teorización del método, producto éste de una modificación de la técnica lograda mediante la experimentación.

Por otro lado, hemos esbozado igualmente por nuestra discordia hacia las lecturas teoristas. Éstas, para dar cuenta del nacimiento de los conceptos y los métodos, asignan el sitio privilegiado a la teoría, restando al campo empírico-clínico su papel genuinamente estratégico. Ello se traduce en un denigramiento del momento clínico como de simple “aplicación” de la teoría, por vía del método.

Apuntando a las enormes dificultades planteadas en la articulación entre la dimensión teórica y clínica, mediadas ambas con posterioridad por el encuentro de Freud con su propio inconsciente, en una dirección distinta a dichas posturas hemos continuado sobre una lectura alterna y mayormente fecunda por la que se reconoce la efectiva procedencia positivista de sus modelos y sus referentes, reflejada en el arsenal terminológico freudiano, mas conceptualmente reconfigurado al interior del aparato categorial que sostiene al psicoanálisis por influencia de la racionalidad filosófica.

La significación implícita de muchos de sus conceptos metapsicológicos supera la connotación epistémica paradigmática, por más que en su literalidad manifiesta haya el empeño en hacerse su fiel deudora. Lo que explica así el paulatino rechazo de las propuestas freudianas desde el seno de la comunidad médica y la gradual emergencia de nociones sin precedentes. En palabras de Assoun:

La originalidad freudiana es sobre todo visible en la línea imaginaria en que subvierte el lenguaje de su tiempo *sin dejar de decirlo suyo*; como lo indica la notable fidelidad de Freud a lo dicho por todos su maestros reconocidos y no reconocidos.¹

Como todo discurso innovador, emergente al ubicar los nuevos problemas de su contemporaneidad histórica, lleva implicado en sí una relación con su mundo presente o la anticipación de un porvenir que proyecta construir, pero simultáneamente supone una herencia como su *corpus* originario, su nexo de

¹ *Introducción a la epistemología freudiana, op. cit., p.14*

continuidad que lo sostiene dentro del proceso de pensamiento global. Nuevamente nos asimos a la elucidación de Assoun:

El psicoanálisis nació como un benjamín, a la sombra de sus hermanas mayores: anatomía, fisiología, física y química. En el espíritu de Freud, nunca hubo la intención de crear de cabo a cabo su material terminológico y conceptual. Resulta imposible volver virgen al pensamiento: por tanto, todo saber analítico se reflejará forzosamente en las estructuras y los procedimientos concebidos por la ciencia de su tiempo y codificados en los modelos epistemológicos de sus maestros. Freud jamás transgredió la ley del Padre en el campo del saber. Por tanto, habrá que reconocer, con resignación o contento, la huella indeleble de esa ley en la realización de ese saber [...]

Pero he aquí la ganancia inesperada de ese conformismo epistemológico: en el trazado de esta repetición, se trama algo colosalmente inédito. La recuperación del lenguaje paterno sirve para subvertir su objeto. Este contraste ha sido percibido desde hace tiempo: Freud no *habla* como *dice*. Esto significa que dice lo inédito del inconsciente con una palabra perteneciente a otros.²

De este modo, la búsqueda de la clave epistemológica del psicoanálisis está orientada en el entrelazamiento dialéctico de los niveles teórico y práctico, por los que se reconozca como el complejo producto de la promoción y obstaculizamiento recíproco entre ambos planos, intrincado en sus determinaciones epocales, y en la unión indisoluble de su lenguaje y su objeto.

² *Ibidem*, págs. 185 y 186

Por este camino identificamos a la metapsicología como la condensación de esas relaciones teórico-prácticas; como la cabeza y el corazón del saber sobre el aparato psíquico; como el laboratorio en donde el lenguaje analítico se construye por el tratamiento del material surgido de la observación y la escucha analítica, en el incansable intento de determinar su objeto; como la especificidad del discurso freudiano en tanto discurso que amplía las teorizaciones sobre la subjetividad, en sus aspectos psíquicos particularmente inconscientes. Según esto, su *revolución epistemológica* no consiste solamente en incorporar a la científicidad al inconsciente construido como objeto de conocimiento; sino en la implicación del propio sujeto de la investigación: al trastocar en objeto al sujeto, el propio sujeto de la investigación queda implicado en las determinaciones descubiertas sobre un otro que es en última instancia sí mismo. Con lo cual, la idea de conocimiento queda transformada. Conocer ya no implica la persecución aséptica de una verdad exterior al sujeto, sino comprender el modo en que objetividad y subjetividad se constituyen recíprocamente.

Asistimos pues a una *expansión del área de conocimiento*, por cuanto Freud funda un nuevo espacio epistémico, en respuesta al objeto que exige ser construido. Simultáneamente, ello ha supuesto una *expansión en la densidad del conocimiento*: Freud amplía la concepción misma de éste para estatuir el saber analítico al nivel de la científicidad.

Más aún, pese a los empeños de Freud por mantener al psicoanálisis dentro de los límites de las ciencias de la naturaleza y por deslindarlo de toda cosmovisión, llegamos al convencimiento de que la revolución freudiana:

- 1) Aunque es en primera instancia una revolución epistemológica, ella excede los horizontes de las ciencias de la naturaleza. La fundación de su nuevo campo epistémico y las vertientes conceptuales abiertas por Freud –expansión del área de conocimiento– engarzan con los esfuerzos teóricos de Marx por construir un saber científico de lo humano centrado en la historia –expansión en la densidad del conocimiento. O sea, en la estructura y la trama de la acción humana como autoproducción dialéctica de la objetividad y la subjetividad en sus diversas formas: las sociedades, los estados, los poderes, los saberes, los espacio y los tiempos, lo universal y lo particular. Marx opera desde el terreno de la subjetividad colectiva. El psicoanálisis conquista el espacio de la singularidad humana, ofreciendo además una alternativa a la sociología emergente contemporánea a él.

Si la revolución de Marx ha consistido en demostrar la posibilidad de hacer de la Historia un ámbito de científicidad, de conocer objetivamente lo que hasta ese momento se consideró como simplemente subjetivo, y así inabordable científicamente; la revolución freudiana asesta más profundamente contra los paradigmas de científicidad que niegan lo social como objeto de construcción epistémica, en cuanto Freud hace no sólo ciencia de lo subjetivo en el ámbito de la colectividad social sino también en el campo de lo individual. Para ambos la clave epistemológica es una dialéctica de lo objetivo/subjetivo, por un lado, y de lo general/particular, por otro.

- 2) En este sentido, no se limita a una revolución epistemológica, sino que propicia de manera compleja una revolución de la existencia de los

hombres. Freud ha incidido en la manera en que esa humanidad se concibe a sí misma, desvelando nuevos elementos que dan forma a la subjetividad: el inconsciente, la sexualidad, las pasiones, la enfermedad, la muerte, la locura. Esta ampliación del espectro humano clarifica simultáneamente las posibilidades y los límites de la acción humana transformadora y autotransformadora (praxis). La realidad del mundo se entrecruza con la historia humana.

Materialismo histórico y psicoanálisis coinciden en reconocer la posibilidad teórico-práctico de constituir, comprender y transformar la historia individual y la historia colectiva, una vez descifradas las leyes generales que estructuran las realidades humanas.

Asumimos lo aventurado de una articulación materialismo histórico/psicoanálisis –articulación de por sí tan controvertida– en nuestro esfuerzo por *concluir* este trabajo. Ello antes bien *abre* un sin fin de problemas que merecen cuidadosos análisis. Pero en verdad, más que hacer un cierre a nuestras reflexiones, quisiéramos explicitar algunos puentes de conexión ensayados en lo que precede, específicamente entre el pensamiento de Marx y los aportes freudianos, en beneficio de un desarrollo ulterior, a partir del eje de la historicidad.

Para Marx, la realidad puede definirse como historicidad en cuanto logre comprenderse como proceso de totalización. Para Freud, lo real en la existencia del individuo, su significado concreto, es también la síntesis totalizadora de múltiples determinaciones, en cuanto la estructura del propio

psiquismo se constituye como unidad diferenciada a partir de los contenidos externos que interioriza.

Hemos visto cómo esta concepción excluye diversas nociones de lo que es la historia. Marx inicia rechazando una dicotomía: la teoría de la historia como análisis del conjunto de los hechos (positivismo) y como ciencia metafísica de la razón (hegelianismo), por la que la historia tendría una única salida. Paralelamente, en su propio ámbito, Freud se resiste contra dos teorías contrarias por las que se intenta dar cuenta del acaecer individual: las concepciones neurobiologicistas y las concepciones especulativas sobre el psiquismo.

Es mediante la crítica que ambos reflejan su esfuerzo por sustraerse de varias amenazas que ciñen simultáneamente sus investigaciones. Nos referimos aquí a ciertos ceños teóricos en la búsqueda de la verdad, la autonomía y la autenticidad, cuyos efectos prácticos son previstos como indeseables. De aquí que sus teorías inicien a partir de un impulso de negación. Tanto el marxismo como el psicoanálisis freudiano combaten los riesgos del positivismo, de la metafísica y del historicismo.

Cada uno dentro de su propia lucha sintetiza los avatares por librarse de las incompetencias y los entorpecimientos que generan las intromisiones de estos modelos epistemológicos existentes, al constatarlos como inadecuados para alcanzar la determinación de sus nuevos fenómenos de investigación. Logrando emanciparse de ellos, ambos despuntan en la apertura de un nuevo campo epistémico, recurriendo a un cambio de concepción de conocimiento y científicidad; y ambos erigen a la crítica como el eje del trabajo científico.

Es justo por este carácter crítico que tanto Freud como Marx sostienen que ninguno acaba de fundar una teoría cerrada sobre sus objetos como ciencias positivas. A favor de la sistematicidad, sin perseguir la apariencia de un conjunto sistémico cristalizado, reconocen su inspiración problemática y el carácter inconcluso de su legado. Sin subestimar su trabajo, afrontan la tensión interna que por otro lado responde a la estructura propia de su objeto, y así toleran la falta de respuestas definitivas.

No obstante, lo que los salva de corrosivos y desencantados criticismos, demostrando antes bien su afán deconstructivo/constructivo, es su confianza en las potencialidades del quehacer científico y en la creatividad humana para la conquista de fines positivos: la reestructuración radical de las estructuras subjetivas. En este sentido, lo que podríamos considerar como patrimonio común a los proyectos de Marx y Freud es el interés por incorporar al estudio del hombre y de su sociedad el sentido histórico del proceso de formación de la subjetividad, con objeto de hacerla capaz de dominar aquello que la somete dentro de su propia dinámica. Ambos concentran sus esfuerzos en crear accesos para la consciencia y para una práctica consciente; enfatizan que la razón encubre y ciega, y que por ello se precisa de una crítica permanente del accionar cotidiano y de sus presuntos productos civilizatorios más elevados.

Desde una postura inmanentista, tanto Marx como Freud demuestran que la historia no es exterior a los hombres; los hombres hacen su historia, pero sin saberlo. León Rozitchner lo refrenda de la manera siguiente: “Nos disolvemos en lo impersonal que se piensa en nosotros como lugar anónimo

de la significación y, por lo tanto, sin responsabilidad”.³ Ambos se disponen a elucidar además el *modo* en que se historiza, con la convicción de que la única forma de incidir en el curso del destino, de la forzosidad, es comprendiendo las leyes del devenir, descifrando su estructura interna. Una labor combativa contra la resignación que no puede ser efectiva sino mediante la cientifización de la utopía y, en su caso, mediante la utopización de la teoría (la incorporación al discurso de cierta anticipación imaginaria de un estado futuro que desea realizarse y se proyecta posible, con al menos una función regulativa, allí donde no obstante el conocimiento y la previsión científica se detienen).⁴

En efecto, ya desde la *Contribución a la crítica de la economía política*, con la impronta de esclarecer y luchar en contra de la paradójica desvalorización del trabajador y la acumulación capitalista, así como la de indagar sobre las posibilidades materiales para la realización de una sociedad poscapitalista, el objetivo de Marx se centra en encontrar una explicación científica a la riqueza en la sociedad moderna. Sobre la premisa de que todo el conjunto de la vida social tiene que ver con la riqueza (con el cúmulo de bienes que posibilitan su reproducción), la comprensión del modo en que opera la producción, la distribución y el consumo de la riqueza material en el capitalismo es petición de principio para la formulación de una alternativa histórica humanística. En suma, su ambición es estatuir los ejes críticos para una teoría general del capitalismo, como plataforma para cuestionar las condiciones de su derrumbe y de la instauración de un régimen más humano.

³ Rozitchner, León: *Freud y los límites del individualismo burgués*, S. XXI, 1979, p. 12

⁴ Véase Sánchez Vázquez, Adolfo: “Del socialismo científico al socialismo utópico”, TOMADO DE: *Crítica de la utopía* (libro colectivo), UNAM, México, 1971, pp. 93-142

También Freud, motivado por el interés de perfilar un futuro en la singularidad, se pregunta primero por las posibilidades de subvertir el carácter coercitivo de la enfermedad y conforme avanzan sus investigaciones cuestiona la viabilidad de una teoría general del psiquismo.

Mucho se ha dicho ya sobre los presuntos determinismos tanto en el marxismo como en el psicoanálisis (económico y biológico, respectivamente). Discutimos aquí nuestro desacuerdo con el segundo apelando, por un lado, al rechazo de la exterioridad entre casualidad mecánica y causalidad finalística al interior de epistemología de Freud, y por otro, a su confianza en la cura. Respecto al primero, si en última instancia ha de aceptarse una determinación estructural de los procesos históricos, erróneamente suele entenderse que para Marx las condiciones materiales (y particularmente las económicas) son suficientes y exclusivas para que los hombres hagan su historia.

Contra los determinismos en la subjetividad, una coincidencia más entre ambos se cifra en conferir una capacidad creativa al hombre, amparada en su intelecto, y concretizada a través de su voluntad transformadora y de su acción material; lo que no niega que entre las diferentes tendencias del devenir humano existan como riesgos la derrota, el fracaso, el estancamiento o el retroceso; que el socialismo o la cura sean una exigencia producto de la propia estructura histórica de contradicciones, no significa que ellos deban realizarse inmediata ni necesariamente. La mediación indispensable equivale a un proceso que pasa por la comprensión de esa exigencia histórica (conocimiento de lo real y conciencia de su valor), el deseo de realizarla, la organización y la lucha, en complejas imbricaciones con las condiciones objetivas y ciertos elementos azarosos. Cada etapa de *crisis* es un periodo de

posibilidades, y el *trabajo* (el trabajo ideal y material, no enajenado ni enajenante) es el fundamento libertario de acceso a su superación, en pro de la reproducción humana. En este sentido es que creemos que ambos brindan las bases para una teoría de la acción (de la praxis).

Sabemos que en Marx dicho trabajo es tematizado a través de la consideración de un sujeto social, por el que la cuestión de la singularidad queda englobada si bien no agotada. Por su parte, el trabajo considerado por el psicoanálisis en el individuo, particularmente el referido a realizado durante la terapia, se mueve asimismo en el nivel de la intersubjetividad. Freud no desarticula el aspecto de la subjetividad colectiva, por el contrario, profundiza en él. Entiende la relación individuo-sociedad. Desde luego, la delimitación que precisa la construcción científica de su campo de estudio le impide abundar en aspectos de la estructura social, desarrollados por el contrario en su complejidad de manera privilegiada por el marxismo.

Sin embargo, ya que la historia es mucho más que lo económico-social, porque incluye lo político y lo cultural (ámbito de lo simbólico) –tal como el propio Marx no deja de sostenerlo–, el pensamiento de Freud estrecha con el marxismo en cuanto le ofrece una explicación científica y humanística compatible con sus teorizaciones, capaz de llenar su vacío entorno a lo individual y al lenguaje. Con Freud comprendemos sustancialmente el sentido objetivo e ideal –lingüístico, simbólico y significativo– de la realidad humana.

Freud brinda las armas para que cada cual, y de manera colectiva, trabaje sobre su elección, construya su libertad. Al afirmar que cada individuo es núcleo de verdad histórica, que cada individuo es ya proceso social, la posibilidad del desciframiento de los mecanismos individuales es

paralelamente una posibilidad de desciframiento sobre aspectos medulares de los complejos colectivos en su devenir histórico. No sólo se trata de reconsiderar un paralelismo entre la historicidad de la dimensión social con la historicidad también hallada en el plano del individuo concreto, sino de comprender que de hecho la realidad de lo humano es un intrincamiento orgánico de ambos procesos, cada una actúa como determinación dialéctica en el movimiento de la historia.

La crítica de Freud, como la de Marx, está dirigida a evitar la regresión y trascender la enajenación, reivindicando las dimensiones objetivas de la subjetividad y sus capacidades de objetivación. Acceder a una verdadera libertad, en la individualidad, tiene que pasar necesariamente por el control de la socialidad; y viceversa, una sociedad libre no es pensable sin la liberación de sus individuos. Esta es la encrucijada entre la civilización y la barbarie, entre el destino y la libertad.

No estamos sugiriendo que el psicoanálisis freudiano o el materialismo histórico marxiano compongan en sí una teoría de la libertad, pero juzgamos innegable que tanto Marx como Freud cooperan en una avanzada hacia ella. Desde sus señalamientos, el paso previo para cualquier propuesta en este sentido tiene que pasar necesariamente por una teoría de la liberación y ésta, a su vez, por una teoría de la enajenación o de cualquier clase de opresión.

Por último, el saldo final de estas aportaciones y puntos de convergencia entre marxismo y psicoanálisis, nos permiten sugerir que tanto Marx como Freud contribuyen igualmente a la posibilidad de construcción de una teoría antropológica. Y, asimismo, a perfilar una teoría de la historia, ahí donde la

pregunta por lo que es el hombre es una pregunta por sus posibilidades de *llegar a ser*: lo humano como un proceso.

Desde luego, este proyecto no es algo completamente realizado. Ni en ellos ni en el conjunto de los saberes. Seguimos enfrentándolo, se trata de un desafío teórico que también atañe a la filosofía y cuya impronta viene dada desde la compleja realidad. No hay acceso inmediato a la libertad, ni teórica ni prácticamente. El acceso a ella se convierte en un trabajo; la libertad, por tanto, requiere de una conquista histórica. Pero a este momento, Freud nos hereda un arsenal conceptual que es preciso redimensionar e integrar dentro de la militancia de la multidisciplinariedad.

Particularmente, y en relación a su época, hay que insistir que el psicoanálisis freudiano es pionero de una ruptura estratégica contra las visiones que pretenden reducir el psiquismo (y por este comienzo a subjetividad en general) a un apéndice maquinal del aparato técnico moderno, cuyo funcionamiento se supone cifrado en las neuronas. Aún puesto en tela de juicio por los avances en el conocimiento del cerebro, el psicoanálisis aparece como un humanismo saludable frente a las alienaciones de una sociedad moderna que privilegia los resultados técnicos y, en este ámbito, la resolución química de los sufrimientos del alma. Contra el hombre-máquina –desde la anatomía hasta la farmacología y la industria del esteticismo–, el hombre deseante del psicoanálisis.

Hemos insistido en que para Freud el hombre no es naturaleza, pero tampoco un alma atrapada en el cuerpo; su proyecto sortea las dificultades de definir el psiquismo captando su especificidad, sin caer en la afirmación de ninguna de las dos determinaciones y sin renunciar a su identidad epistémica ante

tentaciones historicistas o hermenéuticas. A nuestro entender, la filosofía, que tiene por fundamento de su labor el penetrar en el lugar de la contradicción a través del trabajo conceptual, puede y debe contribuir aún más en escudriñar el discurso crítico freudiano y su uso terapéutico.

Es así como hemos querido proponer un movimiento de retorno a Freud y una dirección específica para la lectura de la propuesta freudiana del aparato psíquico que acentúe la legitimidad de los vínculos primarios del psicoanálisis con la filosofía, por vía de la epistemología y la historia. La importancia de este esfuerzo radica en lograr una reivindicación de las dimensiones revolucionarias del proyecto crítico freudiano, de cara a la responsabilidad de transformación inherente al quehacer filosófico.

BIBLIOGRAFÍA

Abbagnano, Nicola: *Diccionario de filosofía* (1961), F.C.E., México, 3ª ed. 2003

Assoun, Paul-Laurent: *Introducción a la epistemología freudiana* (1981), S. XXI, México, 1982

- *Freud, la filosofía y los filósofos* (1979), Paidós, 1982

Beuchot, Mauricio – Ricardo B. (Compiladores): *Hermenéutica, Psicoanálisis y Literatura*, UNAM, México, 1990

Fougeyrollas, Pierre: *La revolución freudiana* (1970), Guadiana, Madrid, 1971

Freud, Sigmund: *Obras completas*, Amorrortu, 24 tomos, Buenos Aires, 1976-1985

Gramsci, Antonio: *El materialismo histórico y la filosofía de B. Croce*, Juan Pablos, México, 1975

Kuhn, Thomas S.: *La estructura de las revoluciones científicas*, F.C.E., México, 1975

- “La historia de la ciencia”, TOMADO DE: *Ensayos científicos* (varios autores), Editorial Ciencia y Desarrollo, México, pp. 64-82
- “Lógica del descubrimiento o psicología de la investigación”, TOMADO DE: *La tensión esencial*, F.C.E., México, 1977, pp. 290-316

Kosík, Karel: *Dialéctica de lo concreto*, Grijalbo, México, 8ª ed., 1967

Laplanche, Jean - J. B. Pontalis: *Diccionario de Psicoanálisis* (1968), Barcelona, Labor, 2ª ed., 1971

Marx, Karl: *Contribución a la crítica de la economía política*, S. XXI, México, 1980

- *Escritos de juventud*, F.C.E., México, 1982
- *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (Grundrisse)*, S. XXI, México, 1976, 3 vols.

Perrés, José: “¿Convergencias epistemológicas entre Marx y Freud?: una introducción.” Ponencia presentada al II Encuentro Latinoamericano de Psicología Marxista y Psicoanálisis, realizado en la Habana, Cuba, febrero de 1988. Publicada en *La nave de los locos*, núm. 13, 1989, pp. 23-25

- “¿Crisis y paradigmas en psicoanálisis?” Ponencia presentada en la Mesa Redonda *La crisis de los paradigmas en Ciencias Sociales y Psicología*, realizada en la UAM-Xochimilco, el 25 de noviembre de 1989. Publicada en *La nave de los locos*, núm. 14, Morelia, Mich., 1990, pp. 24-28
- “¿Escucha de la realidad psíquica vs escucha de la realidad objetiva?” Trabajo elaborado junto con Carlos Fernández Gaos. Publicado en *Acheronta, revista de psicoanálisis y cultura*, núm. 8, diciembre 1998
- “De aduanas y fronteras” (1989), en *Piaget y el psicoanálisis*, G. Delanthy y J. Perrés (comp.), UAM-Xochimilco, México, 1994, pp. 383-415
- “El ‘caso Emmy von N.’, un siglo después: una lectura epistemológica. Aportes para una epistemología freudiana.” Ponencia presentada al IV Simposio del Círculo Psicoanalítico Mexicano D.F., en enero de 1989. Publicada inicialmente en *Argumentos* núm. 8, México, diciembre 1989, UAM-Xochimilco y reproducida como “Apéndice” de *Proceso de constitución del Método Psicoanalítico*, UAM-Xochimilco, México, 1989, pp. 121-152
- “El analista y su ‘valor estímulo’ en la instauración del proceso transferencia-contratransferencial”, *Acheronta, revista de psicoanálisis y cultura*, núm. 8, diciembre 1998
- “El complejo de Edipo en la obra de Freud (constitución diacrónica de un concepto).” Publicado inicialmente en *Foro Universitario*, núm. 35, octubre de 1983. Corregido para una segunda edición en *La nave de lo locos*, núm. 9, Morelia, Mich., 1985, pp. 11-24
- “Formar, deformar, conformar: Acerca de las categorías de lo transmisible y lo intransmisible en el advenir (Institucional) del psicoanalista”, (Fac. de Psicología, UANL, Monterrey); *Acheronta, revista de psicoanálisis y cultura*, núm. 4, julio 1996

- “Freud ¿sujeto político y crítico de su tiempo?” Ponencia presentada al Seminario de Especialización *Democracia, autoritarismo, intelectuales: Reflexiones para la política al final del milenio*, organizado por la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO), Sede México, el Centro de Investigación y Docencia Económicas (CIDE), la UAM-Xochimilco y el Instituto de Investigaciones Sociales, de la UNAM. Publicado en *Imagen Psicoanalítica*, de la Asociación Mexicana de Psicoterapia Psicoanalítica, México, año 6, núm. 10, México, D.F., 1998
- “Freud y sus epistemologías - Aportes para una epistemología freudiana.” Ponencia presentada al III Simposio del Círculo Psicoanalítico Mexicano A.C., México D.F., en noviembre de 1987. Publicada como “Apéndice” de *El nacimiento del psicoanálisis - Apuntes críticos para una delimitación epistemológica*, Plaza y Valdés / UAM-Xochimilco, México, 1988, pp. 463-508
- “Intervención en crisis y psicoanálisis.” Conferencia magistral presentada al Congreso *Intervención en Crisis*, organizado por la Federación Mexicana de Salud Mental, Auditorio del Hospital Siglo XXI del IMSS, México, septiembre de 1997. Publicado en *Acheronta, revista de psicoanálisis y cultura*, núm. 6, diciembre 1997
- “La categoría de subjetividad, sus aporías y encrucijadas: apuntes para una reflexión teórico-epistemológica”, en *Tras las huellas de la subjetividad* (libro colectivo), UAM-Xochimilco, México, 1998, pp. 89-117
- “La epistemología del psicoanálisis: Introducción a sus núcleos problemáticos y encrucijadas”, *Acheronta, revista de psicoanálisis y cultura*, núm. 7, julio 1998
- “La histeria en la mujer.” Ponencia presentada al Congreso Latinoamericano sobre Psicoanálisis y Contexto Social, Querétaro, México, mayo de 1980. Publicado en *La nave de los locos*, núm. 7, primavera de 1984, pp. 5-21
- “La problemática de la realidad en la obra de Freud. Sus repercusiones teóricas y epistemológicas.” Ponencia presentada en el II Simposio del Círculo Psicoanalítico Mexicano, Guadalajara, septiembre de 1986. Publicada en A. Suárez (coord.), *Psicoanálisis y realidad*, S. XXI, México, 1989, pp. 111-153
- “Memoria y temporalidad: encuentros y desencuentros entre la psicología y epistemología genéticas y el psicoanálisis.” Ensayo escrito para el 29º Simposio Anual, de carácter internacional, de la *Jean Piaget Society*, titulado *Desarrollo del conocimiento. Espejismos reduccionistas*, realizado en México, D.F., entre el 1º y el 5 de junio de 1999. Publicado en *Acheronta, revista de psicoanálisis y cultura*, núm. 9, julio 1999
- “Psicoanálisis y complementariedad multirreferencial: reflexiones epistemológicas.” Ponencia presentada al Coloquio *Freud a 50 años de su muerte*, UAM-Xochimilco, 25 al 29 de septiembre de 1989. Publicada en *Argumentos*, núm. 10-11, México, UAM-Xochimilco, diciembre 1990. Y posteriormente en *Piaget y el psicoanálisis*, G. Delanthy y J. Perrés (comp.), UAM-Xochimilco, México, 1994. pp. 119-134

- “Sobre certezas y otras ilusiones”. Ponencia presentada al VI Simposium *Diálogo Psicoanalítico*, Círculo Psicoanalítico Mexicano A.C., México, D.F., del 1º al 3 de marzo de 1992. Publicado en *La nave de los locos*, núm. 16, Morelia, Mich., julio de 1991, pp. 53-59
- “Sobre el investigador (implicado) y el 'demasiado íntimo'.” Ponencia leída en la presentación el libro de R. Lourau, organizada por la Universidad de Guadalajara en la Feria Internacional del Libro, 26 de noviembre de 1989. Publicada en *La Nave de los Locos*, núm.15, Morelia, Mich., 1990, pp. 47-55
- “Sobre la memoria y el olvido”, *Argumentos. Estudios críticos de la sociedad*, núm.5, UAM-Xochimilco, México, D.F., noviembre de 1988, pp. 107-110
- *El nacimiento del psicoanálisis - Apuntes críticos para una delimitación epistemológica*, Plaza y Valdés / UAM-Xochimilco, México, 1988
- *Proceso de constitución del Método Psicoanalítico*, UAM-Xochimilco, México, 1989

Rivadeo, Ana María: *Epistemología y política en Kant*, UNAM-Acatlán, México, 1987

- “La problemática de la categorización de la ideología en el marxismo: algunas consideraciones”, en *Introducción a la epistemología*, Ana María Rivadeo (comp.), ENEP Acatlán, 9ª ed. 1995, pp. 165-169

Roudinesco, Élisabeth: *¿Por qué el psicoanálisis?* (1999), Paidós, Argentina, 2002

Roudinesco, Élisabeth – M. Plon: *Diccionario de Psicoanálisis*, Paidós, 1990

Rozitchner, León: *Freud y los límites del individualismo burgués* (1972), S. XXI, 3ª ed., México, 1988

Salamonovitz W. Alejandro: *Del silencio a la palabra*, Círculo Psicoanalítico Mexicano, México, 1999

Sánchez Vázquez, Adolfo: “Del socialismo científico al socialismo utópico”, TOMADO DE: *Crítica de la utopía* (libro colectivo), UNAM, México, 1971

- *Filosofía de la praxis*, S. XXI, México, 1980
- *Filosofía y economía en el joven Marx* (1978), Grijalbo, México, 1982